



Henrik Ibsen

Rosmersholm



E LEJANDRIA



Henrik Ibsen

Rosmersholm



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ROSMERSHOLM

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1886

FUENTE: [HTTPS://GUTENBERG.NET.AU](https://GUTENBERG.NET.AU)

**EDICIÓN: LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO,
MADRID, 1926**

TRADUCCIÓN: JOSÉ RAMÓN PÉREZ BANCES

PERSONAJES

- JUAN ROSMER, propietario de Rosmersholm, antiguo sacerdote.
- REBECA WEST.
- KROLL, cuñado de Rosmer.
- ULRIK BRENDEL.
- PETER MORTENSGÄRD.
- SEÑORA HELSETH, ama de llaves en Rosmersholm.

La acción se desarrolla en Rosmersholm, una antigua residencia señorial cerca de una pequeña ciudad de la costa, en la Noruega occidental.

ACTO PRIMERO

Sala en Rosmersholm, espaciosa, amueblada a la antigua y puesta cómodamente. Al primer término derecha, en la pared, una chimenea, adornada con ramas de abedul y flores silvestres. Hacia atrás, una puerta. En la pared del fondo, una puerta que da a la antesala. En el muro izquierda, otra ventana, ante la cual hay una mesa con flores y plantas. En las paredes cuelgan retratos antiguos de clérigos, oficiales y empleados en uniforme. La ventana está abierta. La puerta de la antesala y la de afuera, de la calle, también. Se ven los grandes árboles añosos de una avenida que conduce a la casa. Tarde de verano, después de ponerse el sol. Rebeca West está sentada a la ventana en una butaca, y está haciendo gancho en un chal de lana blanco, que está casi terminado. De tiempo en tiempo mira por la ventana hacia afuera. Enseguida entra por la derecha la señora Helseth.

SEÑORA HELSETH.—Señorita, ¿no sería mejor que empezase poco a poco a poner la mesa para la cena?

REBECA.—Sí, hágalo usted. El señor pastor vendrá enseguida.

SEÑORA HELSETH.—¿No hay corriente ahí donde está usted sentada?

REBECA.—Sí, un poco. Haga usted el favor de cerrar la puerta y la ventana.

(La señora Helseth cierra la puerta de la antesala, y luego se va a la ventana.)

SEÑORA HELSETH.—*(Mirando hacia afuera al tiempo que se dispone a cerrar.)* ¿No es el señor pastor el que viene por allí?

REBECA.—*(Rápidamente.)* ¿Por dónde? *(Poniéndose en pie.)* Sí, él es. *(Detrás de la cortina de la ventana.)* Póngase usted a un lado, que no nos vea.

SEÑORA HELSETH.—*(En medio de la habitación.)* Figúrese usted, señorita, ahora vuelve a ir por el camino del molino.

REBECA.—También anteayer fue por él. *(Levantando la cortina y mirando hacia afuera.)* Ahora vamos a ver...

SEÑORA HELSETH.—¿Se atreverá a pasar el puente?...

REBECA.—Eso es precisamente lo que yo quiero ver. *(Tras una pausa corta.)* No, da la vuelta. También hoy va por arriba. *(Separándose de la ventana.)* ¡Qué rodeo más grande!

SEÑORA HELSETH.—¡Oh Dios mío!, es difícil que el pastor se atreva a pasar el puente, después de lo que ocurrió allí...

REBECA.—*(Recogiendo la labor.)* Aquí, en Rosmersholm, se piensa mucho en los muertos.

SEÑORA HELSETH.—Yo creo, señorita, que son los muertos los que pesan tanto tiempo sobre Rosmersholm.

REBECA.—*(Mirándola.)* ¿Los muertos?

SEÑORA HELSETH.—Sí, es casi como si no pudiesen separarse por completo de los que abandonaron.

REBECA.—¿Cómo se le ocurre a usted semejante idea?

SEÑORA HELSETH.—Si no, no comprendo cómo iba a venir el caballo blanco.

REBECA.—Diga usted, querida señora Helseth, ¿qué es realmente eso del caballo blanco?

SEÑORA HELSETH.—No vale la pena de hablar de ello. Usted no cree en esas cosas.

REBECA.—¿Es que usted cree?

SEÑORA HELSETH.—(*Cerrando la ventana.*) ¡Oh, señorita, no quiero ponerme en ridículo delante de usted! (*Mirando por la ventana.*) Pero, mire usted, ¿no es el señor pastor otra vez por el camino del molino?

REBECA.—(*Mirando por la ventana.*) ¿El que viene por allí? Pero ese es el rector.

SEÑORA HELSETH.—¡Es verdad, es el rector!

REBECA.—¡Eso es magnífico! ¡Verá usted cómo viene aquí!

SEÑORA HELSETH.—¡Pues sí que es verdad: pasa realmente por el puente! Y, sin embargo, era su hermana... Bueno, voy allá adentro a poner la mesa, señorita. (*Se va por la derecha.*)

(*Rebeca está un momento a la ventana; luego saluda con la cabeza, sonriendo, hacia afuera. Comienza a oscurecer.*)

REBECA.—(*Hablando por la puerta de la derecha.*) Querida señora Helseth, cuide usted de que tengamos algo bueno a la mesa; ya sabe usted lo que le gusta al rector.

SEÑORA HELSETH.—(*Desde adentro.*) No tenga cuidado, señorita; así lo haré.

REBECA.—(*Abriendo la puerta de la antesala.*) ¡Por fin ha venido usted! Bienvenido de todo corazón, querido amigo.

KROLL.—(*Dejando el bastón en la antesala.*) Gracias. ¿De modo que no vengo a destiempo?

REBECA.—¿Usted?... ¿Cómo puede decir eso?

KROLL.—(*Entrando en la habitación.*) Siempre amable. (*Mirando a su alrededor.*) ¿Rosmer estará en su cuarto?

REBECA.—No, salió a dar un paseo; tarda algo más que de ordinario. Ya debe venir pronto. (*Indicando el sofá.*) Siéntese usted

entretanto.

KROLL.—(*Posando el sombrero.*) Muchas gracias. (*Se sienta y mira por la habitación.*) ¡Qué bien y qué cómodamente ha arreglado usted la vieja sala! Flores por todas partes...

REBECA.—A Rosmer le gusta tener flores a su alrededor.

KROLL.—Y a usted también.

REBECA.—Sí, tienen un aroma agradable. Antes teníamos que privarnos de ese placer.

KROLL.—(*Inclinándose tristemente.*) ¡La pobre Beata no podía resistir el olor de las flores!

REBECA.—Los colores tampoco; la producían vértigos.

KROLL.—Me acuerdo muy bien de eso. (*En tono más ligero.*) ¿Y qué hay por aquí?

REBECA.—Aquí todo marcha al mismo paso tranquilo y ordinario. Todos los días son iguales. ¿Y cómo están ustedes en la ciudad? ¿Qué tal su señora?

KROLL.—Señorita, vale más que no hablemos de eso. En las familias hay siempre algo que no anda como debiera. Especialmente en una época como la actual.

REBECA.—(*Tras una pausa corta. Se sienta en la butaca de al lado del sofá.*) ¿Por qué no ha venido usted aquí ni una sola vez durante las vacaciones?

KROLL.—No podía venir así, por sorpresa...

REBECA.—¡Si supiese usted cómo le hemos echado de menos!...

KROLL.—Y además estuve fuera.

REBECA.—Pero solo algunas semanas. Porque asistió usted a mítines.

KROLL.—Sí. ¿Qué le parece a usted de eso? ¿Hubiese usted creído posible que yo, a mis años, iba a convertirme en un agitador

político?

REBECA.—(*Sonriendo.*) ¡Un poco ha agitado usted siempre, Kroll!...

KROLL.—Sí, pero privadamente. Y ahora voy a tomarlo en serio... ¿Lee usted a veces periódicos radicales?

REBECA.—Sí, no puedo negarlo.

KROLL.—Querida amiga, no tengo tampoco nada contra eso... Nada por lo que a usted se refiere.

REBECA.—A mí me parece que tengo derecho a seguir los acontecimientos, enterarme de las cosas.

KROLL.—Además, de ninguna manera iba a pedir de usted, una mujer, que tome partido abiertamente en esta lucha ciudadana, casi quisiera decir guerra civil, que hay aquí. En todo caso, habrá usted leído cómo los señores radicales me atacan. ¡Qué infamias dicen!

REBECA.—A mí me parece que usted también les ha enseñado los dientes.

KROLL.—Sí, tengo que confesarlo, pues ahora le he encontrado gusto a la brega. Yo no soy hombre para soportar tranquilamente esas cosas. (*Interrumpiéndose.*) Pero no hablemos hoy de este tema triste e indignante.

REBECA.—Dejémoslo, pues, querido Kroll.

KROLL.—Dígame usted cómo le va en Rosmersholm desde que se ha quedado usted sola, desde que nuestra pobre Beata...

REBECA.—¡Ah!, me va muy bien. Es verdad que en algunos sentidos siento un gran vacío, y nostalgia, y tristeza... Pero eso es natural... Por lo demás...

KROLL.—¿Tiene usted intención de quedarse aquí, para siempre, quiero decir?

REBECA.—Querido Kroll, crea usted que no tengo intención ninguna. Me siento aquí tan a mi gusto, que casi me parece como si

estuviera en mi casa.

KROLL.—Eso no me extraña.

REBECA.—Y seguiré aquí con gusto si el señor Rosmer encuentra que puedo servirle de algo.

KROLL.—(*Mirándola conmovido.*) Realmente... es algo grande una mujer que sacrifica por otro su juventud.

REBECA.—¿Y para qué iba a vivir yo si no?

KROLL.—Primero tuvo usted la calamidad de su padre adoptivo, paralítico e insoportable...

REBECA.—No crea usted que el doctor West fuera tan insoportable cuando estábamos allá arriba, en Finmarca. Los viajes marítimos fueron los que acabaron con él. Es verdad que después, cuando vinimos aquí, pasaron dos años penosos, hasta que dejó de sufrir.

KROLL.—Y los años que vinieron después, ¿no fueron también penosos para usted?

REBECA.—No. ¿Cómo puede usted creer eso? He querido tanto a Beata... La pobre necesitaba tanto de que la cuidasen y la rodeasen de cariño.

KROLL.—Le agradezco a usted mucho que hable de ella tan bondadosamente.

REBECA.—(*Acercándosele.*) Querido Kroll, lo dice usted con tanto calor, que creo que no hay ninguna animosidad en el fondo de su alma.

KROLL.—¿Animosidad?... ¿Qué quiere usted decir?

REBECA.—No sería tan extraño el que le pareciese desagradable el ver una extraña en Rosmersholm.

KROLL.—¡Pero cómo es posible!...

REBECA.—¿De modo que no es así? (*Alargándole la mano.*) Gracias de todo corazón, querido Kroll.

KROLL.—Pero ¿cómo pudo habersele ocurrido a usted semejante pensamiento?

REBECA.—Comencé a temerlo porque usted venía muy poco a vernos...

KROLL.—Pues estaba usted equivocada. Y, además, en la casa misma no ha variado nada. Usted era quien lo disponía todo en esta casa durante los últimos años de la pobre Beata.

REBECA.—Aquella no era más que una especie de regencia en nombre de la mujer.

KROLL.—Sea como quiera..., sabe usted que no tendría nada en contra de sí...; pero no está bien que se hable de esas cosas.

REBECA.—¿Qué quiere usted decir?

KROLL.—Si fuese posible, que usted ocupase el puesto vacío.

REBECA.—Tengo el puesto que deseo.

KROLL.—La actividad, sí..., pero la...

REBECA.—(*Interrumpiéndole.*) Avergüencese usted, Kroll. ¿Cómo puede usted bromear sobre cosas tan serias?

KROLL.—Sí, sí; nuestro buen Juan Rosmer puede que piense que ya ha tenido bastante matrimonio; pero, sin embargo...

REBECA.—Casi estoy por reírme de usted.

KROLL.—Sin embargo..., dígame usted, señorita West..., si se me permite la pregunta..., ¿cuántos años tiene usted realmente?

REBECA.—Me avergüenzo de decirlo... Veintinueve; voy para treinta.

KROLL.—Y Rosmer, ¿qué edad tendrá? Deje usted ver... Tiene cinco años menos que yo. De modo que, al menos, cuarenta y tres. Creo que estaría bien.

REBECA.—(*Levantándose.*) Claro que sí. Estaría muy bien... ¿No quiere usted tomar una taza de té con nosotros esta noche?

KROLL.—La acepto con gusto. Tengo intención de permanecer aquí un rato, pues deseo hablar de una cosa importante con nuestro buen amigo. Y para que no se les vuelvan a ocurrir tales ideas absurdas, les visitaré a menudo, como antes.

REBECA.—Sí, hágalo usted. (*Estrechándole las manos.*) Muchas gracias. Es usted una buena persona.

KROLL.—(*Murmurando.*) ¿De veras que sí? No oigo en mi casa cosas semejantes.

(*Juan Rosmer entra por la derecha.*)

REBECA.—¿Ve usted quién está aquí, señor Rosmer?

ROSMER.—Ya me lo ha dicho la señora Helseth. (*Kroll se pone en pie. Rosmer le estrecha las manos, y le dice dulcemente y a media voz.*) Sé bienvenido a mi casa, querido Kroll. (*Poniéndole una mano sobre el hombro y mirándole a los ojos.*) Querido viejo amigo, ya sabía que volveríamos a ser lo que en tiempos antiguos.

KROLL.—¿Pero también tú has tenido la idea desatinada de que había algo entre nosotros?

REBECA.—(*A Rosmer.*) ¿Verdad? ¡Qué alegría que no hayan sido más que figuraciones!

ROSMER.—¿Conque no? Entonces, ¿por qué dejaste así de visitarnos?

KROLL.—(*En voz baja y con seriedad.*) Porque no quería venir como el recuerdo viviente de tus años infelices, como la evocación de la que acabó en la presa del molino.

ROSMER.—Eso es muy delicado de tu parte. Siempre has sido tan considerado... Pero no era necesario que te alejases por esa razón. Ven, sentémonos en el sofá. (*Se sientan.*) No, no representa para mí tormento alguno el pensar en Beata. Hablamos de ella todos los días. Para nosotros es como si todavía estuviese en la casa.

KROLL.—¿De veras?

REBECA.—(*Encendiendo el quinqué.*) Así es.

ROSMER.—Es natural. La queríamos entrañablemente. Y así Rebec..., la señorita West, como yo, tenemos la seguridad de que hemos hecho cuanto nos fue posible por la pobre muerta. No tenemos nada que echarnos en cara. Por eso me produce un efecto dulce y suave el pensar en Beata.

KROLL.—¡Oh! Vosotros sois dos excelentes amigos. De hoy en adelante vendré todos los días a veros.

REBECA.—(*Sentándose en una butaca.*) Veremos si cumple usted su palabra.

ROSMER.—(*Un poco vacilante.*) Kroll, yo hubiera deseado de todo corazón que no se interrumpiera el trato entre nosotros. Desde que nos conocemos has sido siempre mi consejero. Ya desde los tiempos de estudiante.

KROLL.—Sí, y eso ha tenido siempre para mí un valor extraordinario. ¿Es que se trata de algo importante?

ROSMER.—Quisiera hablar contigo francamente de varias cosas, abrirte mi corazón.

REBECA.—¿Verdad, señor Rosmer? Me parece que eso, entre antiguos amigos, debe hacer mucho bien.

KROLL.—Y tú puedes creer que yo tengo que hablarte de más cosas todavía. Pues, como sabes, me he lanzado a la política activa.

ROSMER.—Es verdad. ¿Cómo fue que te metiste en eso?

KROLL.—Tuve que hacerlo; tuve que hacerlo, a pesar de mi repugnancia. No se puede seguir como mero espectador de la lucha. Ahora que los radicales han alcanzado, por desgracia, el poder, urge el tiempo. Por eso he instigado a nuestro pequeño círculo de amigos de la ciudad a unirse más estrechamente. El tiempo urge, digo.

REBECA.—(*Sonriendo.*) ¿No será ya un poco tarde?

KROLL.—Sí, no puedo negar que hubiera sido mejor haberse opuesto antes a la corriente. Pero ¿quién podía adivinar lo que iba a venir? Yo, al menos, no. (*Se levanta y pasea por la escena.*) Pero

ahora se me han abierto los ojos. Pues el espíritu de revuelta ha penetrado hasta en la escuela.

ROSMER.—¿En la escuela? Pero no en tu colegio, espero.

KROLL.—Sí que ha penetrado en mi propio colegio. ¿Qué dices a eso? He descubierto que los muchachos del último año, es decir, una parte de los muchachos, hace ya más de medio año que tienen una sociedad secreta y que están suscritos al periódico de Mortensgård.

REBECA.—¡Ah! *El Faro*.

KROLL.—Sí. ¿No le parece a usted que esa es una alimentación sana, a propósito para futuros empleados? Pero lo más triste del caso es que son los muchachos más inteligentes los que se han reunido en esa conjuración contra mí. Solo los tontos se han abstenido.

REBECA.—¿Le duele eso tanto, Kroll?

KROLL.—¡Ya lo creo! ¡Verme así molestado en mi trabajo!... (*Más bajo.*) Sin embargo, casi estoy por decir que vayan las cosas como quieran. Pero ahora viene lo peor. (*Mirando alrededor.*) ¿No escuchará nadie detrás de las puertas?

REBECA.—Esté usted sin cuidado.

KROLL.—Entonces tengo que decirles que la revuelta y la discordia han entrado hasta en mi propia casa, en mi hogar tranquilo. Han destrozado la paz de mi vida de familia.

ROSMER.—(*Levantándose.*) ¿Qué dices? ¿En tu casa?

REBECA.—(*A Kroll.*) Pero, querido amigo, ¿qué es lo que ha ocurrido?

KROLL.—¿Quiere usted creer que mis propios hijos, en una palabra..., Laurits es el jefe del complot en el colegio, e Hilde ha bordado una carpeta roja para guardar en ella *El Faro*?

ROSMER.—Eso no lo hubiera creído nunca..., que a ti..., en tu casa...

KROLL.—¡Claro! ¿Quién podía pensar semejante cosa? En mi casa, donde siempre han reinado obediencias y orden, donde hasta ahora no ha habido más que una única voluntad...

REBECA.—¿Cómo toma su mujer todo eso?

KROLL.—¡Eso es lo más inaudito de todo! Ella, que toda su vida, en lo grande y en lo pequeño, ha compartido mis opiniones y ha aprobado mis ideas, ahora, en algunas cosas, se inclina del lado de los chicos. Y luego dice que la culpa de lo que ha ocurrido es mía. Dice que yo oprimo demasiado a la juventud. Como si eso no fuera necesario. De manera que la paz se ha ido de mi casa. Pero, naturalmente, hablo de esto lo menos posible; es la mejor manera de sofocar el movimiento. *(Paseando.)* Sí, sí. *(Se pone a la ventana, con las manos a la espalda, y mira afuera.)*

REBECA.—*(Se ha aproximado a Rosmer, y dice en voz baja y sin que Kroll lo note.)* ¡Pronto! ¡Hazlo!

ROSMER.—*(En el mismo tono.)* Esta noche, no.

REBECA.—Precisamente ahora. *(Arreglando el quinqué.)*

KROLL.—*(Volviéndose.)* Sí, querido Rosmer; ahora sabes cómo el espíritu de la época ha arrojado sus sombras así sobre mi vida doméstica como sobre mi actividad profesional. ¡Y no iba a combatir con todas las armas de que puedo echar mano ese espíritu destructor, disolvente!... Sí, estoy resuelto a hacerlo lo mismo con el escrito que con la palabra.

ROSMER.—¿Tienes esperanza de conseguir algo de ese modo?

KROLL.—En todo caso, quiero cumplir mi deber de ciudadano, y creo que todo hombre con sentimientos patrióticos, y a quien interese la buena causa, tiene la obligación de hacer lo mismo. Por eso principalmente es por lo que he venido a verte esta noche.

ROSMER.—Pero, amigo mío, ¿qué crees tú que puedo yo?...

KROLL.—Tienes que ayudar a tus antiguos amigos. Hacer lo que hacemos los demás. Prestar tu auxilio en lo que puedas.

REBECA.—Pero ya sabe usted el disgusto que le inspiran esas cosas al señor Rosmer.

KROLL.—Ahora tiene que tratar de dominarlo. No sigues bastante de cerca los acontecimientos, Rosmer. Vives aquí tranquilo y te entretienes con tus colecciones históricas. Yo respeto todo lo posible árboles genealógicos y todas esas cosas; pero los tiempos no son a propósito, desgraciadamente, para tales ocupaciones. No puedes darte idea de la situación en que está todo el país. Casi estoy por decir que todas las ideas vacilan. Va a ser una obra gigantesca el deshacer todos esos errores.

ROSMER.—Tendrás razón; pero trabajos de esa clase no están hechos para mí.

REBECA.—Y además, creo que el señor Rosmer ha llegado a ver las cosas de la vida con mirada más amplia que antes.

KROLL.—(*Sorprendido.*) ¿Mirada más amplia?

REBECA.—Sí; o más libre, más imparcial.

KROLL.—¿Qué quiere decir eso, Rosmer? Tú no puedes ser tan débil que te dejes engañar por una casualidad, como la de que los agitadores de las masas hayan obtenido una victoria provisional.

ROSMER.—Querido amigo, ya sabes que poco entiendo de política; pero sí me parece que en los últimos años, hasta cierto punto, hay mayor independencia en las ideas de los individuos.

KROLL.—¿Y eso lo consideras, sin más, como algo bueno? Además te equivocas, amigo mío. Mira qué opiniones son las que corren entre los radicales, así aquí afuera como en la ciudad. No se diferencian en nada de la sabiduría que predica *El Faro*.

REBECA.—Mortensgård tiene gran poder sobre mucha gente en la comarca.

KROLL.—Bien. ¡Y tener que ver eso!... Un hombre con un pasado tan sucio como el suyo; un hombre que, a causa de una relación inmoral, fue desposeído de su puesto de profesor... ¡Y que un

hombre así se las dé de conductor del pueblo! ¡Y lo es, lo es realmente! He oído decir que va a aumentar el tamaño de su periódico. Sé de buena tinta que anda buscando un colaborador de talento.

REBECA.—Lo que me parece extraño es que usted y sus amigos no le pongan nada enfrente.

KROLL.—Eso es precisamente lo que queremos hacer. Hoy hemos comprado el *Diario de Avisos*. La cuestión pecuniaria no ofreció dificultades; pero... (A Rosmer.) Ahora he llegado a lo que en realidad quería de ti. La dirección, la dirección periodística es la que ofrece dificultades. Dime, Rosmer, ¿no estarías dispuesto a encargarte de ella por respetos a la causa?

ROSMER.—(Espantado.) ¿Yo?

REBECA.—No. ¿Cómo puede usted tener esas ideas?

KROLL.—El que tengas reparo en acudir a los mítines y no quieras exponerte a oír las lindezas que pudieran decirte en ellos..., eso es razonable. Pero la actividad retirada de un periodista o, mejor dicho...

ROSMER.—No, no, amigo mío. No me pidas eso.

KROLL.—Yo quisiera de todo corazón probar en ese sentido; pero el empeño excedería a mis fuerzas. Estoy recargado ya con un sinfín de ocupaciones. En cambio, tú no tienes ninguna tarea profesional que te coarte. Naturalmente, los demás te ayudaríamos en todo lo posible.

ROSMER.—No puedo, Kroll. No sirvo para eso.

KROLL.—¿No sirves para eso? Lo mismo decías cuando tu padre te hizo pastor.

ROSMER.—Y tenía razón entonces; por eso me fui, para seguir mi camino.

KROLL.—¡Oh!, ya nos contentaremos con que como periodista lo hagas tan bien como de pastor.

ROSMER.—Querido Kroll, de una vez para siempre te digo que no lo haré.

KROLL.—Bien, entonces préstanos, al menos, tu nombre.

ROSMER.—¿Mi nombre?

KROLL.—Ya solo el nombre de Juan Rosmer será un triunfo para el periódico. Los demás pasamos por gentes de partido. Parece que a mí mismo se me considera como un fanático terrible. Por eso no podemos contar con lograr que el periódico, bajo nuestro nombre, tenga acceso en la masa equivocada. En cambio, tú te has mantenido siempre alejado de la lucha. Tu ánimo dulce y honesto, la finura de tu pensamiento, tu honradez intachable, todo eso es bien reconocido y estimado. Y luego, la estimación y el respeto que debes a tu puesto sacerdotal anterior. Y, por último, tu apellido.

ROSMER.—¡Oh, mi apellido!...

KROLL.—(*Señalando a los retratos.*) Los Rosmer de Rosmersholm, sacerdotes y militares, altos funcionarios, caballerosos y correctos, todo reunido... Una familia que lleva ya casi dos siglos siendo la primera del distrito. (*Poniéndole la mano sobre el hombro.*) Rosmer, por ti mismo y por las tradiciones de tu familia estás obligado a cooperar en nuestra empresa, para proteger aquello que hasta ahora se reconoció como bueno en nuestra sociedad. (*Volviéndose.*) ¿Qué le parece a usted, señorita?

REBECA.—(*Riendo ligeramente.*) Querido Kroll, para mí es tan indeciblemente extraño oír esto...

KROLL.—¿Cómo extraño?

REBECA.—Sí, porque ahora voy a decirle abiertamente...

ROSMER.—No, no; déjalo. Ahora, no.

KROLL.—(*Mirándoles alternativamente.*) Pero, queridos amigos, ¿qué diablos...? (*Interrumpiéndose.*) Hum...

(*La señora Helseth viene por la derecha.*)

SEÑORA HELSETH.—Ahí afuera hay un hombre. Dice que quiere saludar al señor pastor.

ROSMER.—(*Aliviado.*) Dígale usted que pase.

SEÑORA HELSETH.—¿Aquí?

ROSMER.—Sí.

SEÑORA HELSETH.—Pero no tiene aspecto de que pueda dejársele pasar aquí.

REBECA.—¿Qué aspecto tiene, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH.—¡Oh!, no es nada de particular, señorita.

ROSMER.—¿No dijo su nombre?

SEÑORA HELSETH.—Sí; me parece que dijo que se llamaba Hetmann o algo así.

ROSMER.—No conozco a nadie que se llame así.

SEÑORA HELSETH.—Y luego dijo también que se llamaba Ulrik.

ROSMER.—(*Sorprendido.*) ¿Ulrik... Hetmann? ¿No sería eso?

SEÑORA HELSETH.—Sí, Hetmann..., con dos enes.

KROLL.—Ese nombre me suena.

REBECA.—Era el nombre con que solía firmar... él..., aquel hombre extraño...

ROSMER.—(*A Kroll.*) Es el seudónimo de Ulrik Brendel.

KROLL.—¿El perdido Ulrik Brendel?

REBECA.—¿De modo que vive todavía?

ROSMER.—Creía que andaba con una compañía de teatro.

KROLL.—Lo último que he oído de él es que estaba en un asilo.

ROSMER.—Dígale usted que pase, señora Helseth.

SEÑORA HELSETH.—Está bien. (*Sale.*)

KROLL.—¿De veras quieres dejar pasar a ese hombre?

ROSMER.—Ya sabes que fue mi maestro durante algún tiempo.

KROLL.—Ya sé que te llenó la cabeza de ideas revolucionarias, y que tu padre lo echó de casa a latigazos.

ROSMER.—(*Con alguna amargura.*) Papá era comandante también en su casa.

KROLL.—Debes estarle agradecido por eso, querido Rosmer. Bueno...

(*La señora Helseth abre la puerta de la derecha a Ulrik Brendel y se va, cerrando tras sí. Brendel es alto, un poco decaído, vivo e ingenioso, con el cabello y la barba grises. Está vestido como un vagabundo: la chaqueta muy gastada, y las botas deterioradas. No se le ve la camisa. Unos guantes negros, muy viejos; un sombrero sucio, debajo del brazo, y en la mano un bastón.*)

BRENDEL.—(*Al principio vacilante, enseguida se va hacia Kroll y le tiende la mano.*) Buenas noches, Rosmer.

KROLL.—Dispense usted...

BRENDEL.—¿Esperabas volver a verme otra vez y dentro de estos muros odiados?

KROLL.—Dispense usted. (*Señalando a Rosmer.*) Allí...

BRENDEL.—(*Volviéndose.*) Es verdad. ¡Allí está! ¡Juan..., hijo mío!... ¡Tú, el más querido de mis discípulos!...

ROSMER.—(*Tendiéndole la mano.*) ¡Mi viejo maestro!...

BRENDEL.—A pesar de ciertos recuerdos, no quise pasar por Rosmersholm sin hacer una visita rápida.

ROSMER.—Aquí es usted bienvenido de todo corazón. Puede usted estar seguro de ello.

BRENDEL.—¿Esta señora tan atractiva... (*Inclinándose*), naturalmente, tu mujer?

ROSMER.—La señorita West.

BRENDEL.—¿Probablemente una parienta próxima? ¿Y aquel desconocido?... Ya veo que es un colega.

ROSMER.—El señor Kroll.

BRENDEL.—¡Kroll..., Kroll!... Aguarda un momento... ¿Ha estudiado usted filología en su juventud?

KROLL.—Sí, claro está.

BRENDEL.—Pero, *iparbleu!*, entonces te he conocido.

KROLL.—Dispense usted...

BRENDEL.—¿No eras tú...

KROLL.—Dispense usted...

BRENDEL.—...uno de aquellos beatos que me expulsaron de la Sociedad de Discusiones?

KROLL.—Eso es posible; pero protesto de que se atribuya usted un conocimiento íntimo conmigo.

BRENDEL.—Bien, bien; como usted quiera. Es lo mismo. Ulrik Brendel sigue siendo siempre el hombre que es.

REBECA.—Piensa usted ir a la ciudad, ¿no es verdad, señor Brendel?

BRENDEL.—La señora Rosmer ha acertado. Con ciertos intervalos me veo forzado a librar una batalla por la existencia. No lo hago con gusto; pero..., *en fin*, la necesidad obliga.

ROSMER.—Pero, querido Brendel, ¿no me permite usted ayudarle en algo? De algún modo, quiero decir...

BRENDEL.—¡Parece mentira que me hagas una proposición semejante, Juan! ¿Quisieras profanar el lazo que nos une? ¡Jamás, Juan, jamás!

ROSMER.—¿Y qué piensa usted hacer en la ciudad? Puede usted figurarse que no le será tan fácil...

BRENDEL.—Eso déjalo de mi cuenta, hijo mío. Han caído los dados. Tal como me ves aquí estoy en camino de un largo viaje, más largo que todas mis peregrinaciones anteriores juntas. (*A Kroll.*) ¿Puedo preguntarle a usted, señor profesor..., *entre nous*..., si en su digna ciudad, hay algún local respetable para celebrar reuniones públicas?

KROLL.—El más espacioso es la sala de la Sociedad obrera.

BRENDEL.—¿Tiene el señor profesor alguna influencia cualificada en esa Sociedad, sin duda muy útil?

KROLL.—No tengo nada que ver con ella.

REBECA.—(*A Brendel.*) Debía usted dirigirse a Peter Mortensgård.

BRENDEL.—Perdone usted, *madame*, ¿qué especie de idiota es ese?

ROSMER.—¿Por qué cree usted que es un idiota?

BRENDEL.—¿No se nota enseguida en el nombre que es un idiota el que lo lleva?

KROLL.—Esa contestación no la hubiera esperado.

BRENDEL.—Pero quiero dominarme. No hay otro camino. Cuando se está, como yo, en un momento crítico de su vida... Decididamente me pondré en relaciones con ese hombre. Entablaré negociaciones directas.

ROSMER.—¿Está usted realmente, en serio, en un momento crítico?

BRENDEL.—¿No sabes, hijo mío, que Ulrik Brendel siempre está en serio donde está? Sí, ahora verás en mí un hombre nuevo. Saldré de la reserva desdeñosa que he guardado hasta aquí.

ROSMER.—¿Cómo?

BRENDEL.—Quiero ir a la vida con mano fuerte. Presentarme, destacarme. Vivimos en una época tempestuosa y luce el nuevo sol. Quiero poner mi grano de arena en la obra de la liberación.

KROLL.—¿También *usted* quiere...?

BRENDEL.—(A todos.) ¿Conoce el público por aquí mis escritos publicados?

KROLL.—No, he de confesar que...

REBECA.—Yo he leído algunos; mi padre adoptivo los tenía.

BRENDEL.—¡Hermosa señora..., ha perdido usted el tiempo!... Le digo a usted que no eran más que tonterías.

REBECA.—¿Tonterías?

BRENDEL.—Lo que ha leído usted, sí. Mis obras importantes no las conoce nadie. Nadie... más que yo mismo.

REBECA.—¿Cómo es eso?

BRENDEL.—Porque no están escritas.

ROSMER.—¡Pero querido señor Brendel!...

BRENDEL.—Tú sabes, Juan, que yo soy un sibarita, un *gourmand*. Me gusta paladear en la soledad, porque así saben doble mejor las cosas, ¿sabes? Cuando los sueños dorados descendían a mí y me rodeaban; cuando nacían en mí nuevas ideas y me envolvían con robustas alas, entonces los transformaba en poesía, en visiones, en fantasías..., a grandes rasgos, ¿comprendes?

ROSMER.—Sí, sí.

BRENDEL.—¡Oh, cuánto he gozado y paladeado la felicidad misteriosa de la creación!... Así, a grandes rasgos, como digo. El aplauso, la gratitud, el laurel, la celebridad, todo eso lo he recibido con manos temblorosas de gozo. ¡Me he saciado con tal alegría en mis fantasías secretas..., de una grandeza que daba vértigos!...

KROLL.—Hum...

ROSMER.—¿Y no ha escrito usted nunca nada de eso?

BRENDEL.—Ni una letra. Ese prosaico oficio de escribir me ha producido siempre repugnancia. ¿Y para qué iba a profanar mis

ideales puros, si podía gozarlos en toda su pureza y para mí solo? Pero ahora los sacrificaré. Siento lo que puede sentir una madre al poner a su hijo en el brazo de su marido. Pero, a pesar de eso, los sacrifico, los sacrifico en el altar de la liberación. Daré una serie de conferencias por todo el país.

REBECA.—¡Eso es obrar con grandeza, señor Brendel! Da usted lo más caro que posee.

ROSMER.—Lo único.

REBECA.—(*Mirando a Rosmer.*) ¿Cuántos hay que lo hagan, que osen hacerlo?

ROSMER.—(*Contesta a la mirada.*) ¡Quién sabe!

BRENDEL.—Las reuniones públicas son movidas; eso refresca mi corazón y fortalece mi voluntad. Y así entro en la acción. Una cosa todavía. (*A Kroll.*) ¿Puede usted decirme, señor preceptor, si hay en la ciudad alguna sociedad de templanza, una sociedad de templanza total?

KROLL.—Sí. Yo soy su presidente.

BRENDEL.—¡Se lo había conocido! Bien; pues no será imposible que vaya a inscribirme por una semana.

KROLL.—Dispense usted..., no admitimos socios por semanas.

BRENDEL.—¡A *la bonheur*, señor pedagogo! Ulrik Brendel no ha sido nunca huésped molesto en sociedades de esa naturaleza. (*Volviéndose.*) Pero no puedo prolongar mi estancia en esta casa, que tantos recuerdos guarda. Tengo que irme a la ciudad a buscarme un alojamiento conveniente. Espero que habrá allí un hotel decente.

REBECA.—¿No quiere usted beber algo caliente antes de irse?

BRENDEL.—¿De qué clase, señora mía?

REBECA.—Una taza de té o...

BRENDEL.—Doy gracias a la espléndida dueña de esta casa, pero no gusto de acudir a la hospitalidad privada. (*Saludando con la mano.*) ¡Pasarlo bien, señores! (*Se dirige hacia la puerta, pero al llegar a ella se vuelve.*) ¡Ah!, es verdad..., Juan..., pastor Rosmer..., ¿quieres prestarle un servicio, en nombre de nuestra amistad, a tu antiguo maestro?

ROSMER.—De todo corazón.

BRENDEL.—Bien; en ese caso, préstame... por uno o dos días... una camisa planchada.

ROSMER.—¿Eso es todo?

BRENDEL.—Porque, ¿sabes?, yo viajo a pie... esta vez. El baúl vendrá después.

ROSMER.—Muy bien. ¿Necesita usted otra cosa?

BRENDEL.—Sí, ¿sabes?, puede ser que tuvieras un abrigo de verano usado...

ROSMER.—Sí, sí. Naturalmente que lo tengo.

BRENDEL.—Y como eso exigiría un par de botas decentes...

ROSMER.—También eso se arreglará. Tan pronto como tengamos sus señas le mandaremos esas cosas.

BRENDEL.—¡De ningún modo! No quiero que os molestéis por mi causa. Me llevaré yo mismo esas bagatelas.

ROSMER.—Bien, bien. ¿Quiere usted subir conmigo?

REBECA.—Mejor lo deja usted de mi cuenta. Yo y la señora Helseth lo arreglaremos.

BRENDEL.—No consentiré nunca que esta señora tan distinguida...

REBECA.—¡Oh, deje usted! Venga conmigo, señor Brendel. (*Sale por la derecha.*)

ROSMER.—(*Reteniendo a Brendel.*) Diga usted, ¿puedo servirle en algo más?

BRENDEL.—No sé, en verdad, con qué... Pero... ¡por todos los diablos!... ¡Ahora que lo pienso!... Juan..., ¿tienes ahí por casualidad ocho coronas?

ROSMER.—Vamos a ver. (*Abre el portamonedas.*) Aquí hay dos billetes de diez coronas.

BRENDEL.—Bueno, es lo mismo; los tomaré. En la ciudad los cambiaré. Entretanto, gracias. No olvides que me has dado dos billetes de a diez. Buenas noches, hijo mío querido. Buenas noches, señor mío. (*Se va hacia la derecha, donde Rosmer le despide, cerrando la puerta tras él.*)

KROLL.—¡Señor misericordioso! ¡De modo que ese era el Ulrik Brendel del que un día creyeron las gentes que había de ser algo grande en este mundo!

ROSMER.—(*En voz baja.*) En todo caso, ha tenido el valor de vivir su vida según su propio criterio. Y me parece que eso no es poco.

KROLL.—¿Cómo? ¡Una vida como la suya!... Casi creo que ese hombre sería capaz de volver a trastornar tus ideas.

ROSMER.—¡Oh, no! Ahora lo veo todo claro.

KROLL.—Quisiera que fuese así, querido Rosmer. Porque tú eres extraordinariamente sensible a las impresiones exteriores.

ROSMER.—Sentémonos, que quiero hablar contigo.

KROLL.—Sí, sentémonos. (*Se sientan en el sofá.*)

ROSMER.—(*Tras un silencio corto.*) ¿No te parece que esto es hermoso y agradable?

KROLL.—Sí, ahora es hermoso y agradable..., y es también tranquilo. Tienes un hogar, Rosmer, y yo he perdido el mío.

ROSMER.—¡No hables así, amigo mío! Lo que ahora está escindido ya se arreglará.

KROLL.—¡Nunca! Porque ninguno cederá. Nunca volverá a ser como era.

ROSMER.—Escúchame, Kroll. Nosotros dos somos amigos desde hace muchos años. ¿Crees posible que pudiera romperse nuestra amistad?

KROLL.—No sé que haya nada en el mundo que pudiera separarnos. ¿Cómo se te ocurre eso?

ROSMER.—Porque tú das una importancia tan grande a la coincidencia en ideas y opiniones...

KROLL.—Pero nosotros dos estamos conformes en casi todo. Por lo menos en las grandes cuestiones.

ROSMER.—(*En voz baja.*) No, ya no.

KROLL.—(*Queriendo dar un salto.*) ¿Qué dices?...

ROSMER.—(*Conteniéndole.*) Continúa sentado; te lo ruego, Kroll.

KROLL.—¿Qué significa eso? No te entiendo. Habla claramente.

ROSMER.—Una nueva primavera ha descendido sobre mi alma. Nuevas opiniones jóvenes. Y por eso estoy ahora *allí*...

KROLL.—¿Dónde? ¿Dónde estás?

ROSMER.—Donde están tus hijos.

KROLL.—¿Tú? ¿Tú también? ¡Pero eso es imposible! ¿Dónde dices que estás?

ROSMER.—Del mismo lado que Laurits e Hilde.

KROLL.—(*Bajando la cabeza.*) ¡Renegado! ¡Juan Rosmer renegado!

ROSMER.—¡Me siento tan gozoso, siento una dicha tal en eso que tú llamas renegar!... Pero, sin embargo, he sufrido terriblemente, pues sabía que iba a causarte un gran disgusto.

KROLL.—¡Rosmer, Rosmer! Esto no lo olvidaré nunca. (*Le mira tristemente.*) ¡Oh, que tú también cooperes a ello y que ofrezcas tu mano a la obra de pervertir a esta tierra infeliz!

ROSMER.—La obra en que yo colaboro es la obra de la liberación.

KROLL.—Ya lo sé; así la llaman lo mismo los agitadores que los engañados. ¿Pero crees que puede esperarse una liberación del espíritu que está a punto de emponzoñar nuestra vida social entera?

ROSMER.—Yo no me uno al espíritu que reina aquí. A ninguno de los partidos en lucha. Quiero tratar de reunir hombres de todos los lados; tantos como pueda. Quiero vivir y consagrar todas las fuerzas de mi vida para la misión de capacitar al pueblo para tener un juicio verdadero.

KROLL.—¿De manera que no crees que tenemos ya bastante intervención del pueblo? Por mi parte, yo creo que estamos todos a punto de descender al fango, en que solo los hombres bajos se sienten a gusto.

ROSMER.—Por eso le pongo al juicio del pueblo la tarea verdadera.

KROLL.—¿Qué tarea?

ROSMER.—La de ennoblecer a todos los hombres.

KROLL.—¿A todos los hombres?

ROSMER.—Por lo menos a todos los hombres posibles.

KROLL.—¿Por qué medios?

ROSMER.—Libertando su espíritu y purificando su voluntad.

KROLL.—Eres un soñador. ¿Quieres libertarlos, quieres purificarlos?

ROSMER.—No, amigo mío; solo quiero despertar en ellos el deseo de lograrlo. Hacerlo, tienen que hacerlo por sí mismos.

KROLL.—¿Y crees que podrán?

ROSMER.—Sí.

KROLL.—¿Por sus propias fuerzas, dices?

ROSMER.—Sí, precisamente por sus propias fuerzas. No hay otras.

KROLL.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Es eso hablar como conviene a un sacerdote?

ROSMER.—Yo no soy sacerdote.

KROLL.—Pero ¿y tus creencias de niño?

ROSMER.—Las he perdido.

KROLL.—¿Las has perdido?...

ROSMER.—(*Levantándose.*) He renunciado a ellas; he tenido que renunciar.

KROLL.—(*Espantado, y luego dominándose.*) ¿De manera...? ¡Sí, sí! ¡Lo uno sigue a lo otro! ¿Por eso te separaste del servicio de la Iglesia?

ROSMER.—Sí; cuando alcancé claridad sobre mí mismo, cuando adquirí la convicción de que no era una infección pasajera, sino algo de lo que no podría ni querría deshacerme nunca, me fui.

KROLL.—¿Tanto tiempo lleva ya en ti? ¡Y nosotros, tus amigos, no hemos sabido nada de ello!... ¡Rosmer, Rosmer!, ¿cómo podías callarnos la triste verdad?

ROSMER.—Porque me parecía que era una cosa que solo a mí importaba. Y luego no quería ocasionarles ninguna pena inútil a ti y a los demás amigos. Creía que podría seguir viviendo aquí como hasta ahora: tranquilo, contento y feliz. Quería leer y ahondarme en las obras que hasta entonces habían sido libros cerrados para mí, sumergirme en el gran mundo de verdad y libertad que se me había revelado.

KROLL.—¡Renegado! ¡Cada palabra lo prueba! Pero ¿por qué entonces confiesas tu caída secreta? ¿Y por qué ahora precisamente?

ROSMER.—Tú mismo me has forzado a hacerlo, Kroll.

KROLL.—¿Yo? ¿Que yo te he forzado?

ROSMER.—Cuando me enteré de tus violencias en los mítines; cuando leí los discursos de odio que pronunciabas, tus ataques emponzoñados contra los que están al otro lado, tus sarcásticas condenaciones de tus contrarios... ¡Oh Kroll, que pudieras llegar a eso!... Entonces se presentó ante mí un deber implacable. Los hombres se hacen malos en la lucha en que ahora combaten. Es preciso que la paz, la alegría y la reconciliación vuelvan a las almas. Por eso me destaco ahora y proclamo abiertamente lo que soy. ¿No podrías tú... ayudarme, Kroll?

KROLL.—Nunca en la vida me reconciliaré con las fuerzas disolventes de la sociedad.

ROSMER.—Entonces luchemos al menos con armas nobles, si es preciso que luchemos.

KROLL.—Al que no está conmigo en las cuestiones decisivas de la vida, no le conozco. A ese no le debo consideración ninguna.

ROSMER.—¿Reza eso también conmigo?

KROLL.—Tú mismo has roto nuestras relaciones.

ROSMER.—¿De modo que esto es un rompimiento?

KROLL.—Es un rompimiento conmigo y con todos tus amigos. Tienes que arrostrar las consecuencias.

(Rebeca West viene por la derecha y deja abierta la puerta.)

REBECA.—Ya está en camino para su fiesta de sacrificio. Y ahora podemos ir a la mesa. Tenga usted la bondad, Kroll.

KROLL.—*(Cogiendo su sombrero.)* Buenas noches, señorita West. Ya no tengo nada que hacer aquí.

REBECA.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué significa eso? *(Cierra la puerta y se acerca.)* ¿Ha hablado usted?

ROSMER.—Ya lo sabe.

KROLL.—No te dejaremos, Rosmer. Volveremos a atraerte a nosotros.

ROSMER.—No, no volveré.

KROLL.—¡Ya lo veremos! Tú no eres hombre para soportar el estar solo.

ROSMER.—No estaré tan solo... Somos dos para conllevar la soledad.

KROLL.—¡Ah!... *(Se le presenta una sospecha.)* ¡Esto también!... ¡Las palabras de Beata...!

ROSMER.—¿Beata?...

KROLL.—*(Rechazando de sí un pensamiento.)* ¡No, no!... ¡Es demasiado bajo!... ¡Perdóname!

ROSMER.—¿El qué?

KROLL.—¡Basta ya!... ¡Uf!... ¡Perdóname! ¡Adiós! *(Yendo hacia la puerta de la antesala.)*

ROSMER.—*(Siguiéndole.)* ¡Kroll, no podemos terminar así! Mañana iré a verte.

KROLL.—*(En la antesala, volviéndose.)* ¡No vuelvas a poner los pies en mi casa! *(Coge el bastón y se va.)*

ROSMER.—*(Se queda un momento en la puerta abierta, cierra y va hacia la mesa.)* Eso no importa nada, Rebeca. Ya lo soportaremos nosotros, dos amigos. Tú y yo.

REBECA.—¿A qué se referiría cuando dijo ¡uf!?

ROSMER.—No te preocupes de eso, querida. Él mismo no creía en su sospecha. Mañana iré a verle. Buenas noches.

REBECA.—¿Te retiras esta noche también tan temprano, después de todo esto?

ROSMER.—Hoy como los demás días. Me siento aliviado después de que ha pasado. Ya ves que estoy completamente tranquilo, querida Rebeca. Tómallo tú también con calma. Buenas noches.

REBECA.—Buenas noches, amigo mío. Que descanses. (*Rosmer sale por la puerta de la antesala; luego se le oye subir la escalera. Rebeca tira del cordón de la campanilla, que está cerca de la chimenea. Enseguida viene por la derecha la señora Helseth.*) Puede usted quitar la mesa, porque el pastor no quiere nada y Kroll se ha marchado.

SEÑORA HELSETH.—¿El señor Kroll se ha marchado? ¿Qué le pasa?

REBECA.—(*Cogiendo su labor.*) Predecía que iba a venir una tempestad.

SEÑORA HELSETH.—Es muy extraño. Porque esta noche no se ve ni una nube en el cielo.

REBECA.—¡A ver si va a encontrarse con el caballo blanco! Porque me temo que vamos a oír hablar pronto de él.

SEÑORA HELSETH.—¡Dios la perdone, señorita! ¡No diga usted esas cosas!

REBECA.—¡Vaya, vaya!...

SEÑORA HELSETH.—(*Bajo.*) ¿Cree usted de veras que hay alguien aquí que tenga que irse pronto?

REBECA.—No, eso no lo creo. Pero hay tantas clases de caballos blancos en el mundo, señora Helseth... Bien; buenas noches. Me voy a mi cuarto.

SEÑORA HELSETH.—Buenas noches, señorita. (*Rebeca, con la labor en la mano, se va por la derecha. Helseth apaga el quinqué, mueve la cabeza y murmura.*) ¡Jesús, Jesús! ¡Esta señorita...! ¡Qué cosas dice a veces!

ACTO SEGUNDO

En el despacho de Juan Rosmer. En el muro izquierda está la puerta de entrada. Al fondo, una puerta, que da a la alcoba, con los cortinones abiertos. A la derecha, una ventana, y delante de ella, una mesa llena de libros y papeles. En los muros, estantes y armarios de libros; distintos muebles; en primer término izquierda, un canapé antiguo, ante el cual está una mesa. Juan Rosmer está sentado a la mesa de escribir, en una silla de respaldo alto. Corta las hojas de un folleto, lo hojea y lee acá y allá en él. Llaman a la puerta de la derecha.

ROSMER.—(*Sin volverse.*) Pasa.

REBECA.—(*En traje de mañana, entra.*) Buenos días.

ROSMER.—(*Hojeando el folleto.*) Buenos días, querida. ¿Deseas algo?

REBECA.—No quería más que saber si has dormido bien.

ROSMER.—He dormido muy bien y muy tranquilo, sin sueños. (*Volviéndose.*) ¿Y tú?

REBECA.—Hacia la mañana logré dormirme.

ROSMER.—No recuerdo tiempo alguno en que me sintiese tan bien como ahora. Ha estado bien haberlo dicho.

REBECA.—Sí, no debías haber callado tanto tiempo, Rosmer.

ROSMER.—Yo mismo no comprendo cómo he podido ser tan cobarde.

REBECA.—En realidad no era por cobardía.

ROSMER.—¡Oh, sí! Si examinas a fondo la cosa, había también algo de cobardía en ello.

REBECA.—Tanto más valor se necesitaba para cortar el nudo. (*Sentándose en una silla junto a la mesa.*) Pero ahora quiero contarte una cosa que he hecho, y por la que no debes incomodarte.

ROSMER.—¿Incomodarme? ¿Cómo puedes creer eso, querida?

REBECA.—Sí; porque es posible que fuera algo arbitrario de mi parte. Sin embargo...

ROSMER.—Bien; di lo que es.

REBECA.—Ayer tarde, cuando aquel Ulrik Brendel iba a marcharse, le di dos o tres líneas para Mortensgård.

ROSMER.—(*Un poco preocupado.*) ¡Pero, querida Rebeca...! ¿Y qué le decías?

REBECA.—Le escribí que te haría un gran servicio si quisiese atender al pobre hombre y ayudarle en lo que pudiera.

ROSMER.—Eso no debías haberlo hecho. Con ello no has hecho más que perjudicar a Brendel; y a Mortensgård desearía tenerlo alejado de mí. Ya sabes lo que he tenido con él.

REBECA.—Pero ¿no crees que estaría bien que te pusieses en mejores relaciones con él?

ROSMER.—¿Yo con Mortensgård? ¿Por qué dices eso?

REBECA.—Porque, en realidad, no puedes estar completamente seguro desde lo que te ha ocurrido con tus amigos.

ROSMER.—(*La mira y mueve la cabeza.*) ¿Has podido creer que Kroll o alguno de los otros se vengarían? ¿Qué serían capaces de...?

REBECA.—En el primer pronto no puede saberse. A juzgar por la manera como Kroll tomó la cosa...

ROSMER.—Debías de conocerle mejor. Kroll es absolutamente un caballero. Esta tarde iré a la ciudad a hablar con él. Quiero hablar con todos ellos, y ya verás qué bien se arregla.

(La señora Helseth entra por la puerta de la izquierda.)

REBECA.—*(Levantándose.)* ¿Qué quiere usted, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH.—El señor Kroll está abajo, en la antesala.

ROSMER.—*(Levantándose rápidamente.)* ¿Kroll?

REBECA.—¿Él? Pero figúrate...

SEÑORA HELSETH.—Dice que si puede subir para hablar con el señor pastor.

ROSMER.—*(A Rebeca.)* ¿Qué te había dicho?... Claro que puede. *(Yendo a la puerta y gritando hacia abajo.)* ¡Sube, sube, amigo mío! ¡Que seas bienvenido! *(Rosmer se queda en la puerta abierta. La señora Helseth se va. Rebeca echa los cortinones de la alcoba y arregla aquí y allí. Kroll entra con el sombrero en la mano. Rosmer, conmovido.)* Ya sabía que no sería la última vez.

KROLL.—Hoy veo la cosa a una luz completamente diferente de la de ayer.

ROSMER.—¿Verdad que sí, Kroll? ¿Verdad que sí, ahora que has reflexionado sobre ello?

KROLL.—No me entiendes. Desearía hablarte a solas.

ROSMER.—¿Por qué no puede la señorita West...?

REBECA.—No, no, señor Rosmer; yo me voy.

KROLL.—*(Midiéndola con la mirada.)* Y luego tengo que pedir a esta señorita que me dispense el haber venido tan temprano. El que la haya sorprendido antes de haber tenido tiempo...

REBECA.—¿Cómo? ¿No le parece a usted decente que esté en la casa en bata?

KROLL.—¡Dios me libre! Yo no sé cuáles son las costumbres de esta casa.

ROSMER.—Pero, Kroll, estás completamente cambiado hoy.

REBECA.—Usted lo pase bien. *(Se va.)*

KROLL.—Con tu permiso. *(Sentándose en el canapé.)*

ROSMER.—Sí, amigo mío. Sentémonos tranquilamente y hablemos. *(Se sienta en una silla frente a Kroll.)*

KROLL.—Desde ayer no he pegado un ojo. Toda la noche la he pasado reflexionando.

ROSMER.—¿Y qué dices hoy?

KROLL.—Es muy largo, Rosmer. Déjame empezar con un prólogo. Puedo contarte algunas cosas de Ulrik Brendel.

ROSMER.—¿Ha estado en tu casa?

KROLL.—No, se alojó en un local infecto, en compañía de la gente más ordinaria, naturalmente. Bebió y convidó hasta que se le acabó el dinero; después empezó a llamar canalla y populacho a toda la compañía, en lo que tenía, por lo demás, razón; pero entonces le dieron de palos y lo echaron a la calle.

ROSMER.—¡De modo que es incorregible!

KROLL.—Parece que ha empeñado el gabán, pero que después se lo han desempeñado. ¿Puedes adivinar quién lo hizo?

ROSMER.—¿Tú mismo acaso?

KROLL.—No, el noble señor de Mortensgård.

ROSMER.—¡Ah!

KROLL.—He oído contar que la primera visita fue para el plebeyo y el idiota.

ROSMER.—Ha tenido suerte en eso.

KROLL.—Claro que sí. Pero ahora hemos llegado a una cosa que tengo el deber de advertirte, en nombre de nuestra antigua amistad.

ROSMER.—¿Qué es ello, amigo mío?

KROLL.—Hay alguien en esta casa que juega contigo a escondidas.

ROSMER.—¿Cómo puedes creer eso? ¿Te refieres a Rebe..., a la señorita West?

KROLL.—Sí, de su parte puedo comprenderlo. Ha mandado aquí tanto tiempo... Pero, a pesar de eso...

ROSMER.—Querido Kroll, te equivocas completamente. Ella y yo no nos ocultamos nada.

KROLL.—¿Te ha confesado que ha entrado en correspondencia con el director de *El Faro*?

ROSMER.—Vamos, te refieres a las líneas que le dio a Ulrik Brendel.

KROLL.—¿De modo que lo sabes? ¿Y apruebas que se ponga en relación con ese paladín del escándalo, que constantemente me ataca, así en mi actuación profesional como en mi vida pública?

ROSMER.—De seguro que no ha pensado en ese aspecto de la cuestión. Y además, ella tiene, naturalmente, lo mismo que yo, plena libertad de acción.

KROLL.—¡Ajá! ¿Eso será cosa del nuevo camino que has escogido? Porque seguramente ella está donde tú.

ROSMER.—Sí que lo está. Nos hemos liberado juntos.

KROLL.—(*Le mira y mueve lentamente la cabeza.*) ¡Oh, qué ciego y qué confiado eres!

ROSMER.—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

KROLL.—Porque no me atrevo a pensar lo peor, no quiero pensarlo. No, no; déjame terminar. Concedes algún valor a mi amistad, ¿no es verdad? ¿Y a mi estimación también?

ROSMER.—No necesito contestarte a esa pregunta.

KROLL.—Pero hay otras cosas que exigen una respuesta. Una explicación completa de tu parte. ¿Permites que te someta a una especie de interrogatorio?

ROSMER.—¿Interrogatorio?

KROLL.—Sí; que te pregunte sobre algunas cosas cuyo recuerdo tiene que serte penoso. Tu traición, o tu liberación, como tú la llamas, está en relación con muchas cosas de las que tienes que darme cuenta por tu bien mismo.

ROSMER.—Amigo mío, pregunta cuanto quieras; no tengo nada que ocultar.

KROLL.—Entonces, dime: ¿cuál crees que sea la causa principal de que Beata se quitase la vida?

ROSMER.—¿Puedes dudarlo, o, mejor dicho, puedes pedir causas para lo que una pobre enferma que ha perdido la razón hace?

KROLL.—¿Estás seguro de que Beata había perdido por completo la razón? Por lo menos los médicos creían que no estaba tan claro.

ROSMER.—Si los médicos la hubiesen visto, como yo, a todas las horas del día y de la noche, no lo hubieran dudado.

KROLL.—Yo tampoco lo había dudado nunca.

ROSMER.—No. Desgraciadamente era imposible dudarlo. Ya te he hablado de la pasión loca, desaforada, que quería que yo compartiese. ¡Oh, el terror que me produjo!... Y luego, durante los últimos años, aquel continuo acusarse a sí misma...

KROLL.—Sí, cuando supo que no podría tener hijos.

ROSMER.—Bien, pues figúrate ese remordimiento terrible por algo de que no era culpable... ¡Y dices que conservaba su razón!...

KROLL.—¿Te acuerdas de si tenías en casa libros que hablasen de la finalidad del matrimonio según las ideas progresivas de nuestro tiempo?

ROSMER.—Me acuerdo de que la señorita West me prestó una obra de esas. Porque, como sabes, heredó la biblioteca del doctor. Pero, querido Kroll, ¿tú crees que íbamos a tener la imprudencia de dar esas cosas a la pobre enferma? Puedo asegurarte de todas veras que no hemos tenido la menor culpa. Fueron sus propios nervios, desconcertados, los que la empujaron al precipicio.

KROLL.—Una cosa puedo decirte, y es que la pobre Beata puso fin a su vida para que tú pudieses vivir feliz, libre, a tu antojo.

ROSMER.—(*Medio saltando de la silla.*) ¿Por qué dices eso?

KROLL.—Tienes que oírme con calma, Rosmer; porque ahora puedo hablar de ello. El último año de su vida estuvo dos veces a verme para contarme sus miedos y su desesperación.

ROSMER.—¿Sobre este mismo asunto?

KROLL.—La primera vez me dijo que estabas a punto de renegar de tus creencias. Que querías romper con la fe de tus padres.

ROSMER.—Lo que dices es imposible, Kroll; absolutamente imposible. Tienes que estar equivocado.

KROLL.—¿Por qué?

ROSMER.—Porque mientras vivió Beata estaba todavía en dudas y luchas. Y luchaba solo, en el mayor silencio, conmigo mismo. No creo que ni siquiera Rebeca...

KROLL.—¿Rebeca?

ROSMER.—Sí, la señorita West. La llamo Rebeca porque es más corto.

KROLL.—Ya lo había notado.

ROSMER.—Por eso no comprendo cómo a Beata pudo ocurrírsele esa idea. Y ¿por qué no habló conmigo de ello? No lo hizo nunca; ni

una sola palabra me dijo.

KROLL.—¡Pobre! Me rogó que hablase contigo.

ROSMER.—¿Y por qué no lo hiciste?

KROLL.—¿Podía yo dudar entonces de que estaba perturbada? ¡Dirigir tal acusación contra un hombre como tú!... Y luego volvió otra vez, un mes más tarde, aproximadamente. Exteriormente estaba más tranquila; pero al marcharse me dijo: «Ahora aparecerá pronto en Rosmersholm el caballo blanco».

ROSMER.—Caballo blanco... Hablaba a menudo de él, sí.

KROLL.—Y cuando intenté quitarle sus tristes pensamientos, me dijo: «Ya no me queda mucho tiempo, porque Juan tiene que casarse enseguida con Rebeca».

ROSMER.—(*Casi sin habla.*) ¿Qué es lo que dices? ¿Yo casarme con...?

KROLL.—Esto fue el jueves al mediodía; y el sábado por la tarde se tiró del puente a la presa del molino.

ROSMER.—¿Y cómo no nos advertiste?

KROLL.—Ya sabes con cuánta frecuencia hablaba de que iba a morir pronto.

ROSMER.—Sí que lo sé; pero, a pesar de eso, debías habernos advertido.

KROLL.—Pensé en hacerlo, pero era ya demasiado tarde.

ROSMER.—Pero ¿por qué más tarde no dijiste...? ¿Por qué callaste todo eso?

KROLL.—¿Para qué iba a venir a atormentarte, a abrir la antigua herida? Además, creía que eran fantasías locas y sin sentido... hasta ayer tarde.

ROSMER.—¿De modo que ahora ya no?

KROLL.—¿No tenía razón Beata cuando decía que abandonarías tus creencias de niño?

ROSMER.—(*Para sí mismo.*) Sí, eso no lo entiendo. Es incomprensible.

KROLL.—Incomprensible o no, el hecho es que es así. Y ahora te pregunto, Rosmer: ¿qué hay de verdad en la segunda inculpación, en la última quiero decir?

ROSMER.—¿Inculpación? ¿Era una inculpación?

KROLL.—Puede ser que no te hayas fijado bien en ello. Quería desaparecer, decía... ¿Por qué?

ROSMER.—Sí; para que yo pudiera casarme con Rebeca.

KROLL.—No era así exactamente. Las palabras de Beata fueron otras. Dijo: «Ya no me queda mucho tiempo, porque Juan *tiene* que casarse *enseguida* con Rebeca».

ROSMER.—(*Le mira un momento con atención; luego se pone en pie.*) Ahora te entiendo, Kroll.

KROLL.—Y bien, ¿qué respondes?

ROSMER.—(*Con calma y dominándose.*) ¿A una cosa tan inaudita?... La única respuesta sería mostrarte la puerta.

KROLL.—(*Levantándose.*) Está bien.

ROSMER.—(*Poniéndose ante él.*) Escúchame. Desde que Beata murió hemos vivido aquí solos Rebeca West y yo. En todo ese tiempo has conocido la acusación de Beata contra nosotros, y nunca he podido notar que tuvieras algo contra nuestra convivencia.

KROLL.—Hasta ayer no supe que eran un renegado y una... mujer libre los que vivían juntos.

ROSMER.—¡Ah!... ¿De modo que no crees que entre renegados y hombres libres pueda haber sentido de pureza? ¿No crees que tienen en sí, como un instinto natural, el sentimiento moral?

KROLL.—No confío mucho en una moralidad que no tiene sus raíces en la fe de la Iglesia.

ROSMER.—¿Y eso lo aplicas también a Rebeca y a mí? ¿A la relación entre Rebeca y yo?

KROLL.—No puedo renunciar en favor vuestro a mi opinión de que no hay mucha distancia entre pensamiento libre...

ROSMER.—¿Y qué?

KROLL.—Y amor libre, ya que te empeñas en que te lo diga.

ROSMER.—(*Bajo.*) ¿Y no te avergüenzas de decirme eso, tú, que me conoces desde mi infancia?

KROLL.—Precisamente por eso; sé que fácilmente te dejas influir por las personas con quienes estás en relaciones. Y en cuanto a esa Rebeca tuya, esa señorita West, en realidad no la conocemos. Bien, Rosmer, no te dejes, y tú mismo debes procurar salvarte a tiempo.

ROSMER.—¿Salvarme? ¿De qué? (*La señora Helseth se asoma a la puerta de la izquierda.*) ¿Qué quiere usted?

SEÑORA HELSETH.—Quería decir a la señorita que hiciese el favor de bajar.

ROSMER.—La señorita no está aquí.

SEÑORA HELSETH.—¿De veras? (*Mirando alrededor.*) Es extraño. (*Se va.*)

ROSMER.—¿Decías?...

KROLL.—Escúchame. Lo que pasó aquí mientras vivía Beata, y lo que ahora pasa, no quiero examinarlo al detalle. Tú fuiste muy desgraciado en tu matrimonio; eso debe decirse en disculpa tuya.

ROSMER.—¡Oh, qué poco me conoces en el fondo!

KROLL.—No me interrumpas. Lo que quería decirte es que si quieres continuar viviendo con la señorita West, es absolutamente necesario que ocultes tu cambio de ideas, la triste conversión a que ella te ha llevado... ¡Déjame hablar, déjame hablar! Digo que si tiene

que ser así, puedes pensar y creer lo que quieras en todos sentidos. Pero al menos guárdate para ti tus opiniones; esa es cosa puramente tuya, y no para que se grite por todo el país.

ROSMER.—Es necesario para mí salir de una situación falsa.

KROLL.—¡Pero tú tienes un deber para con las tradiciones de tu casta, Rosmer! No lo olvides: Rosmersholm es, desde hace un tiempo infinito, una fuente de orden y disciplina..., de respeto por todo aquello que reconocen y estiman los mejores en nuestra sociedad. Rosmersholm ha infundido su sello a toda la comarca. Y produciría una confusión desdichada, que no podría remediarse, el que se supiera que tú mismo habías roto con lo que podría llamarse los pensamientos de familia de los Rosmer.

ROSMER.—Querido Kroll, yo no puedo ver así la cosa. A mí me parece que es mi deber esparcir un poco de luz y de alegría aquí, donde la casta de los Rosmer, en tan largo tiempo, no ha producido más que oscuridad y opresión.

KROLL.—(*Mirándole severamente.*) ¡Sí, esa sería una hazaña digna del hombre con quien termina la casta! Deja eso. No es labor propia para ti. Tú has nacido para la vida tranquila de un sabio.

ROSMER.—Es posible. Pero estoy decidido a intervenir en la lucha por la vida.

KROLL.—¡La lucha por la vida!... ¿Sabes lo que será eso para ti? Una lucha a sangre y fuego con todos tus amigos.

ROSMER.—(*En voz baja.*) No todos serán tan fanáticos como tú.

KROLL.—Eres un alma cándida, Rosmer. Un alma inexperta. No adivinas la tempestad que va a descargar sobre ti.

(*La señora Helseth se asoma por la puerta de la izquierda.*)

SEÑORA HELSETH.—De parte de la señorita...

ROSMER.—¿Qué pasa?

SEÑORA HELSETH.—Abajo hay un señor que quisiera hablar al señor pastor.

ROSMER.—¿Es acaso el mismo que estuvo anoche aquí?

SEÑORA HELSETH.—No, es Mortensgård.

ROSMER.—¡Mortensgård!...

KROLL.—¡Ah! ¡De modo que ya estamos tan lejos!...

ROSMER.—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué no le dejaría usted que se fuera?

SEÑORA HELSETH.—La señorita me mandó que preguntase si podría subir.

ROSMER.—Dígale usted que hay alguien aquí...

KROLL.—*(A la señora Helseth.)* Dígale usted que suba. *(La señora Helseth se va.)* Abandono el campo... por ahora. Pero la batalla principal no la hemos librado todavía.

ROSMER.—Te aseguro, Kroll..., no tengo nada que ver con Mortensgård.

KROLL.—Ya no te creo más, en ningún punto. De hoy en adelante no te volveré a creer nada. Será una lucha a muerte. Vamos a ver si podemos hacerte inofensivo.

ROSMER.—¡Oh, Kroll, qué bajo, qué bajo estás ahora!

KROLL.—¿Yo? ¡Y eso me lo dice quien como tú...! ¡Piensa en Beata!

ROSMER.—¿Vuelves a eso?

KROLL.—No, el enigma de la presa del molino tienes que resolverlo en tu conciencia..., si es que todavía la tienes. *(Peter Mortensgård entra calladamente por el centro izquierda. Es un hombre pequeño y flaco, con la barba y el cabello delgados y rojos.)* —*(Con una mirada de odio.)* ¿De modo que *El Faro*... está encendido en Rosmersholm? Ahora no queda duda de lo que tengo que hacer.

MORTENSGÄRD.—*(Conciliante.)* *El Faro* alumbrará siempre que usted necesite luz, señor Kroll.

KROLL.—Sí, usted ha mostrado su buena voluntad durante muchos años. Es verdad que hay un mandamiento que dice que no debemos jurar en falso contra nuestro prójimo...

MORTENSGÄRD.—No necesita usted enseñarme los mandamientos.

KROLL.—¿Ni siquiera el sexto?

ROSMER.—¡Kroll!...

MORTENSGÄRD.—Si fuese necesario, sería el señor pastor el más indicado para hacerlo.

KROLL.—(*Con ironía contenida.*) ¿El pastor?... Sí, sin duda que el pastor Rosmer es el más indicado en *este* caso... Pasarlo bien, señores. (*Se va, cerrando la puerta tras sí.*)

ROSMER.—(*Mira a la puerta, y dice para sí.*) ¡Bien, que sea lo que quiera! (*Volviéndose.*) ¿Quiere usted decirme, señor Mortensgård, qué es lo que le ha traído aquí?

MORTENSGÄRD.—En realidad, buscaba a la señorita West. Creí que debía darle las gracias por la amable carta que me envió ayer.

ROSMER.—Ya sé que le ha escrito. ¿Ha hablado usted con ella?

MORTENSGÄRD.—Sí, un poco. (*Con una ligera sonrisa.*) Parece que aquí, en Rosmersholm, han cambiado las opiniones en algunos puntos.

ROSMER.—Mis opiniones han cambiado en muchas cosas. Casi puedo decir que en todo.

MORTENSGÄRD.—Eso decía la señorita West. Y por eso me dijo que estaría bien que subiese para hablar un poco con usted.

ROSMER.—¿Hablar de qué?

MORTENSGÄRD.—¿Puedo decir en *El Faro* que ha cambiado usted de ideas y que se une usted a los partidarios de la libertad y del progreso?

ROSMER.—Puede usted hacerlo, y hasta le ruego que lo haga.

MORTENSGÄRD.—Entonces aparecerá mañana. Será una noticia de la mayor importancia la de que el pastor Rosmer de Rosmersholm cree que puede luchar por la libertad.

ROSMER.—No le entiendo a usted.

MORTENSGÄRD.—Quiero decir que nuestro partido adquiere una gran fuerza moral cada vez que ganamos un partidario de ideas cristianas.

ROSMER.—(*Un poco asombrado.*) ¿De modo que no sabe usted...? ¿No le ha dicho eso la señorita West?

MORTENSGÄRD.—¿El qué, señor pastor? La señorita tenía mucha prisa. Me dijo que subiese y que el resto lo sabría de labios de usted.

ROSMER.—Entonces le diré a usted que me he libertado completamente, en todos sentidos. No tengo ya relación ninguna con las enseñanzas de la Iglesia. Desde ahora en adelante no me importan lo más mínimo esas cosas.

MORTENSGÄRD.—(*Mirándole fríamente.*) ¡Si la luna cayese al suelo, no me asombraría más!... ¡El pastor se separa de la Iglesia!...

ROSMER.—Sí, ahora estoy allí donde usted mismo está desde hace tanto tiempo. Puede usted decirlo mañana en *El Faro*.

MORTENSGÄRD.—No, señor pastor. Perdone usted, pero no vale la pena de tocar ese aspecto de la cuestión.

ROSMER.—¿No tocarlo?

MORTENSGÄRD.—Todavía no, quiero decir.

ROSMER.—Pero no comprendo...

MORTENSGÄRD.—Sabe usted, señor pastor... Creo que no conoce usted cómo están las cosas tan bien como yo. Pero si se ha pasado usted a las ideas progresivas, y si, como dice la señorita, quiere usted tomar parte en el movimiento, lo hará usted seguramente con el deseo de ser todo lo útil posible, así a las ideas como al movimiento.

ROSMER.—Sí, de todo corazón lo quisiera.

MORTENSGÄRD.—Entonces sepa usted, señor pastor, que si anuncia usted públicamente su separación de la Iglesia, se ata las manos desde el principio.

ROSMER.—¿Lo cree usted así?

MORTENSGÄRD.—Sí, puede usted estar seguro de que en ese caso no podría usted hacer mucho. Y además, señor pastor, librepensadores tenemos ya bastantes. Casi estoy por decir que tenemos demasiados. Lo que el partido necesita son elementos cristianos, gentes a quien todo el mundo tenga que respetar. Eso es lo que nos hace falta. Por eso es lo mejor que usted se calle, sobre todo lo que no le importa al público. Esa es mi opinión.

ROSMER.—¿De modo que no tiene usted valor para ir conmigo si confieso públicamente mi separación de la Iglesia?

MORTENSGÄRD.—(*Mueve la cabeza.*) No lo haría con gusto, señor pastor. Desde hace algún tiempo me he impuesto la norma de no apoyar nada ni a nadie que vaya contra la Iglesia.

ROSMER.—¿Es que ha vuelto usted a la Iglesia en el último tiempo?

MORTENSGÄRD.—Dejemos eso a un lado.

ROSMER.—¿Esas tenemos? Entonces le comprendo a usted.

MORTENSGÄRD.—Señor pastor, debe usted pensar que yo, especialmente yo, no tengo plena libertad de acción.

ROSMER.—¿Qué es lo que le ata a usted?

MORTENSGÄRD.—Soy un hombre señalado. Eso es lo que me ata.

ROSMER.—¡Ah, sí!...

MORTENSGÄRD.—Un hombre señalado, señor pastor. Usted no debía olvidarlo, señor pastor, porque usted fue quien primero me señaló.

ROSMER.—Si entonces hubiera estado donde ahora estoy, hubiera sido más tolerante con su conducta.

MORTENSGÄRD.—También yo lo creo. Pero ya es demasiado tarde. Me ha marcado para toda la vida, para toda mi vida. No comprenderá usted todas las consecuencias que eso trae consigo. Pero pronto sentirá usted mismo el dolor.

ROSMER.—¿Yo?

MORTENSGÄRD.—Sí; porque no creará que Kroll y los suyos vayan a perdonar un pecado como el de usted. Y dicen que *El Diario de Avisos* se va a hacer muy violento. No tendrá nada de particular que hagan también de usted un hombre señalado.

ROSMER.—En mi vida privada me siento inviolable, señor Mortensgård. Mi conducta es intachable.

MORTENSGÄRD.—(*Sonriendo tranquilamente.*) Eso es hablar un poco fuerte, señor pastor.

ROSMER.—Puede ser. Pero tengo derecho para hablar así.

MORTENSGÄRD.—¿También si examina usted su conducta con el mismo detalle con que examinó un día la mía?

ROSMER.—Lo dice usted de un modo tan extraño... ¿A qué se refiere usted? ¿A algo determinado?

MORTENSGÄRD.—Sí, es una cosa determinada. Una sola. Pero podía ser de graves consecuencias si llegase a oídas de enemigos maliciosos.

ROSMER.—¿Tiene usted la bondad de decirme lo que es?

MORTENSGÄRD.—¿No lo podría usted adivinar, señor pastor?

ROSMER.—No; en absoluto, no. De ningún modo.

MORTENSGÄRD.—Entonces tendré que decirlo... Tengo en mi poder una carta muy extraña, que ha sido escrita en Rosmersholm.

ROSMER.—¿Se refiere usted a la carta de la señorita West? ¿Le parece a usted tan extraña?

MORTENSGÄRD.—No, esa carta no es extraña. Pero en otra ocasión recibí otra carta de esta casa.

ROSMER.—¿De la señorita West también?

MORTENSGÄRD.—No, señor pastor.

ROSMER.—Entonces, ¿de quién? ¿De quién?

MORTENSGÄRD.—De su difunta esposa.

ROSMER.—¿De mi mujer? ¿Que ha recibido usted una carta de mi mujer?

MORTENSGÄRD.—Sí, señor.

ROSMER.—¿Cuándo?

MORTENSGÄRD.—Fue en sus últimos tiempos. Hará cosa de año y medio. Y esa carta sí que es extraña.

ROSMER.—Ya sabrá usted que en ese tiempo mi mujer tenía perturbadas las facultades mentales.

MORTENSGÄRD.—Sí, sé que muchos lo han creído. Pero en la carta no se notaba nada de eso. Al decir que la carta es extraña, lo digo en otro sentido.

ROSMER.—Pero ¿qué es lo que pudo escribirle a usted mi mujer?

MORTENSGÄRD.—En casa tengo la carta. Comienza diciendo que vive en un temor y espanto grandes, pues hay en la comarca muchas gentes malintencionadas. Y esas gentes solo piensan en proporcionarle a usted disgustos y preocupaciones.

ROSMER.—¿A mí?

MORTENSGÄRD.—Así está escrito. Y ahora viene lo más extraño. ¿Quiere usted que se lo diga, señor pastor?

ROSMER.—Sí; claro que sí. Todo. Sin reservas.

MORTENSGÄRD.—Su esposa me pide y me ruega que sea generoso. Dice que sabe que el señor pastor fue quien me quitó mi puesto de profesor, y luego me ruega que no me venga.

ROSMER.—¿Cómo creía que podía usted vengarse?

MORTENSGÄRD.—En la carta se dice que si yo oyese rumores de que en Rosmersholm se hacía una vida de pecado, no debía creerlos, pues eran hombres de mala voluntad los que los propagaban para hacerle a usted desgraciado.

ROSMER.—¿Dice eso la carta?

MORTENSGÄRD.—Puede usted leerla por sí mismo en otra ocasión.

ROSMER.—Pero no comprendo... ¿En qué consistían, según ella, esos rumores?

MORTENSGÄRD.—Primero, que el señor pastor había abandonado sus creencias de niño; eso lo negaba decididamente... entonces. Y luego..., ¡hum!...

ROSMER.—¿Luego...?

MORTENSGÄRD.—Y luego dice..., y eso está bastante confuso, que no sabe que haya en Rosmersholm ninguna relación pecaminosa; que nunca se la había hecho daño alguno; y si se esparciesen rumores de esa naturaleza, me rogaba que no los acogiese en *El Faro*.

ROSMER.—¿No cita nombres?

MORTENSGÄRD.—No.

ROSMER.—¿Quién le llevó a usted la carta?

MORTENSGÄRD.—He prometido no decirlo. Me la trajeron una tarde al oscurecer.

ROSMER.—Si se hubiese usted informado, hubiera usted sabido que mi pobre mujer no tenía completo discernimiento.

MORTENSGÄRD.—Me informé, señor pastor; pero debo decir que la carta no me dio esa impresión.

ROSMER.—¿No? Pero ¿por qué me habla usted ahora, en realidad, de esa antigua carta tan confusa?

MORTENSGÄRD.—Para aconsejarle que sea extremadamente prudente.

ROSMER.—¿En mi conducta, quiere usted decir?

MORTENSGÄRD.—Sí, tiene usted que tener en cuenta que desde ahora en adelante ha dejado usted de ser un hombre consagrado.

ROSMER.—¿De manera que usted sigue creyendo que aquí hay algo que ocultar?

MORTENSGÄRD.—No sé por qué un hombre libre iba a dejar de gozar de la vida todo lo posible. Pero sea usted prudente de hoy en adelante. Si se esparciese algún rumor que fuera contra los prejuicios aceptados, puede usted estar seguro de que toda la dirección progresiva tendrá que oír cosas desagradables. Usted lo pase bien, señor pastor Rosmer.

ROSMER.—Usted lo pase bien.

MORTENSGÄRD.—Y ahora me voy derechamente a la imprenta, y mañana aparece en *El Faro* la gran novedad.

ROSMER.—Dígalo usted todo.

MORTENSGÄRD.—Diré todo lo que necesitan saber las buenas gentes. (*Saluda y se va.*)

(*Rosmer se queda a la puerta mientras baja la escalera. Se oye cerrar la puerta de la calle.*)

ROSMER.—(*A la puerta, y con voz contenida.*) ¡Rebeca!... Re..., ihum!... (*Alto.*) Señora Helseth, ¿está por ahí la señorita?

SEÑORA HELSETH.—(*Habla desde la antesala.*) No, señor pastor; aquí no está.

(*Se abren los cortinones del fondo, y Rebeca aparece en la abertura de la puerta.*)

REBECA.—Rosmer...

ROSMER.—(*Volviéndose.*) ¡Cómo! ¿Estabas en mi alcoba? ¿Qué hacías ahí, querida?

REBECA.—(*Yendo hacia él.*) He estado escuchando.

ROSMER.—Pero, Rebeca, ¿cómo puedes hacer eso?

REBECA.—Sí que puedo. Dijo tan feamente aquello de mi bata...

ROSMER.—¡Ah! ¿De modo que estabas también ahí cuando Kroll...?

REBECA.—Sí, quería saber lo que había detrás de sus palabras.

ROSMER.—Te lo hubiera contado yo.

REBECA.—No creo que me lo hubieras contado todo, y, sobre todo, no lo hubieras hecho con sus mismas palabras.

ROSMER.—¿Es que lo has oído todo?

REBECA.—La mayor parte. Tuve que ir abajo un momento cuando vino Mortensgård.

ROSMER.—Y luego volviste a subir...

REBECA.—No te enfades por eso conmigo, querido amigo.

ROSMER.—Haz todo lo que creas conveniente. Tienes libertad completa, ya lo sabes. Pero ¿qué dices de esto, Rebeca? ¡Oh, siento que nunca he tenido tanta necesidad de ti como ahora!

REBECA.—Pero ya estábamos preparados para todo lo que pudiera venir.

ROSMER.—No, no; para esto, no.

REBECA.—¿Para esto no?

ROSMER.—Sí, pensaba que nuestra hermosa y pura relación de amistad podría alguna vez ser objeto de sospechas sucias, pero no de parte de Kroll. De él nunca lo hubiera creído. Sí lo creería de la gran masa con el pensamiento rudo y la mirada innoble. Mis razones tenía al cubrir tan celosamente con un velo nuestra relación. Era un secreto peligroso.

REBECA.—¡Oh! ¿Por qué preocuparse del juicio de los demás? Nosotros mismos sabemos que no hemos cometido culpa...

ROSMER.—¿Yo? ¿Sin culpa? Sí, hasta hoy también yo lo creía..., hasta hoy. Pero ahora, Rebeca...

REBECA.—¿Ahora...?

ROSMER.—¿Cómo puede explicarse la terrible acusación de Beata?

REBECA.—(*Con violencia.*) ¡Oh, no hables de Beata! ¡No pienses más en Beata! ¡Ahora que habías logrado al fin libertarte del pensamiento de su muerte!...

ROSMER.—Desde que he sabido esto ha vuelto a revivir.

REBECA.—Desecha esos pensamientos, Rosmer.

ROSMER.—Tenemos que ver de llegar al fondo de la cosa. ¿Cómo pudo llegar a esa mala inteligencia, desdichada?

REBECA.—¿Empiezas a dudar de que estaba casi loca?

ROSMER.—Sí, de eso es de lo que ya no estoy seguro. Y, además..., aunque así fuera...

REBECA.—¿Qué, si así fuera?...

ROSMER.—Falta por saber cuál es la última causa de la locura que se apoderó de su ánimo.

REBECA.—Pero ¿de qué va a servir el que te pierdas en semejantes cavilaciones?

ROSMER.—No puedo dejar de hacerlo, Rebeca. No puedo prescindir de esas dudas roedoras, aunque quisiera.

REBECA.—Cavilar alrededor de un punto tan grave constantemente puede ser peligroso para ti.

ROSMER.—(*Pasea intranquilo y preocupado.*) Debo de haberme hecho traición de algún modo. Debe haber notado la dicha que vino sobre mí desde el día en que tú entraste en casa.

REBECA.—Pero, amigo mío, aunque así fuera...

ROSMER.—Ha notado, sin duda, que leíamos los mismos libros, que nos buscábamos el uno al otro y que hablábamos de todas las nuevas cosas. Pero no lo comprendo..., pues yo me esforzaba en cuidarla. Si pienso en aquellos tiempos, me parece que me preocupaba, como por mi vida, de tenerla alejada de todas nuestras cosas. ¿O no era así, Rebeca?

REBECA.—Sí que lo era.

ROSMER.—Y tú también. Y, sin embargo... ¡Oh, es terrible pensarlo!... Y ahora resulta que, en su amor enfermo, ha callado, callado; nos ha observado, lo ha notado todo y lo ha interpretado todo mal.

REBECA.—(*Retorciéndose las manos.*) ¡Oh, no debía haber venido nunca a Rosmersholm!

ROSMER.—¡Ah, el pensar lo que ha sufrido en silencio!... ¡Poder combinar en su cerebro enfermo todo lo espantoso que creía!... ¿No habló nunca contigo sobre alguna cosa que pudiera haberte puesto sobre la pista?

REBECA.—(*Como acosada.*) ¿Conmigo?... ¿Crees tú que en ese caso hubiera seguido aquí un día más?

ROSMER.—¡Claro que no, naturalmente! ¡Oh, qué lucha ha debido sostener!... ¡Y completamente sola, Rebeca! ¡Desesperada y sola! ¡Y luego, por fin, la última victoria acusadora en la presa del molino! (*Se arroja en la silla de la mesa, se apoya de codos sobre esta y se tapa la cara con las manos.*)

REBECA.—(*Acercándosele con precaución por detrás.*) Escúchame, Rosmer: si estuviera en tu mano... volver a traer a ti..., a Rosmersholm..., a Beata, ¿lo harías?

ROSMER.—¡Qué sé yo lo que haría o lo que no haría! No tengo pensamientos más que para una cosa que es irremediable.

REBECA.—Ahora debías haber empezado a vivir, Rosmer. Ya habías empezado. Te habías hecho libre en todos sentidos. Te sentías tan gozoso y tan ligero...

ROSMER.—Sí que es verdad. Y ahora viene ese peso opresor.

REBECA.—(*Poniendo los brazos sobre el respaldo de la silla.*) ¡Qué hermoso era cuando, al anoecer, estábamos sentados abajo, en la sala, y nos ayudábamos a pensar los nuevos planes de vida! Querías intervenir en la vida, en la vida del día; querías ir como un libertador de un ejército al otro, conquistar su espíritu y su voluntad; crear hombres ennoblecidos a tu alrededor, en círculo cada vez más extenso.

ROSMER.—Hombres ennoblecidos y gozosos.

REBECA.—Sí, gozosos.

ROSMER.—Porque la alegría es la que ennoblece el alma, Rebeca.

REBECA.—¿No crees que también el dolor, el gran dolor, ennoblece?

ROSMER.—Sí, si uno pudiese libertarse de él.

REBECA.—Eso es lo que *tienes* que hacer.

ROSMER.—(*Moviendo melancólicamente la cabeza.*) Nunca llegaré a libertarme de eso... por entero. Siempre quedará una duda, una interrogación. No volveré a poder mecarme en aquello que hace la vida tan preciosa.

REBECA.—(*En voz baja.*) ¿Qué quiere decir eso, Rosmer?

ROSMER.—(*Levantando hacia ella la vista.*) El goce tranquilo de la inocencia.

REBECA.—(*Retrocediendo un paso.*) ¡Oh, la inocencia!... (*Silencio corto.*)

ROSMER.—(*Con los codos sobre la mesa y mirando a lo lejos.*) ¡Y cómo ha sabido combinarlo! ¡Qué ordenadamente lo ha compuesto todo! Primero empieza a sospechar de mi fe. ¿Cómo pudo ocurrírsele eso en aquel tiempo? Pero se le ocurrió. Y luego esas sospechas se convirtieron en certeza. Y después..., claro, después era fácil sospechar de lo demás. (*Poniéndose en pie y pasándose las manos por el cabello.*) ¡Oh, todas esas fantasías locas vuelven

constantemente! Lo siento, lo sé. A cada momento pasan por mí y me recuerdan a la muerta.

REBECA.—Como el caballo blanco de Rosmersholm.

ROSMER.—Sí, exactamente; vienen en la oscuridad, calladamente.

REBECA.—¿Y por esas pesadillas desdichadas dejas la vida viva, que ya habías asido?

ROSMER.—Tienes razón: es duro, Rebeca. Pero no soy libre de elegir. ¿Cómo podría libertarme de ello?

REBECA.—(*Detrás de la silla.*) Creándote una nueva posición.

ROSMER.—(*Mirándola sorprendido.*) ¿Una nueva posición?

REBECA.—Sí, una nueva posición frente al mundo. Vive, obra, trabaja. No estés aquí sentado, cavilando sobre enigmas indescifrables.

ROSMER.—(*Levantándose.*) ¿Una nueva posición? (*Pasea arriba y abajo, se para en la puerta y vuelve.*) Se me ocurre una pregunta: ¿no te has puesto tú también la cuestión, Rebeca?

REBECA.—(*Respirando con dificultad.*) Dime qué cuestión es.

ROSMER.—¿Cómo crees que de hoy en adelante deben ser nuestras *relaciones*?

REBECA.—Creo que nuestra amistad podrá resistir, venga lo que venga.

ROSMER.—No es eso precisamente lo que yo pensaba. Pero lo que desde el principio nos ha aproximado, lo que tan fuertemente nos liga, nuestra creencia común en la posibilidad de una convivencia en pureza entre hombre y mujer...

REBECA.—Sí, sí. ¿Y qué?

ROSMER.—Yo creo que una relación como la nuestra es la más apropiada para una vida de paz tranquila y dichosa.

REBECA.—¿Y qué más?

ROSMER.—Pero ahora tengo ante mí una vida llena de lucha e intranquilidad y fuerte agitación. Porque quiero vivir mi vida, Rebeca. No quiero dejarme vencer de posibilidades fatales. No dejo que el curso de mi vida me lo prescriba nadie, ni vivos ni... otros.

REBECA.—No, no; no lo hagas. Sé por entero un hombre libre, Rosmer.

ROSMER.—Pero ¿sabes en lo que pienso entonces? ¿No lo sabes? ¿No ves cómo podría libertarme mejor de todos esos recuerdos que me atormentan..., de todo ese pasado triste?

REBECA.—¿Cómo?

ROSMER.—Poniendo frente a todo ello una nueva realidad viva.

REBECA.—(*Agarrándose al respaldo de la silla.*) ¿Una realidad viva? ¿Qué es eso?

ROSMER.—(*Acercándose.*) Rebeca, ¿qué dirías si te preguntase si querías ser mi segunda mujer?

REBECA.—(*Un momento sin habla; luego con un grito de gozo.*) ¡Tu mujer! ¡Tu...! ¿Yo?

ROSMER.—Sí, intentémoslo. Tenemos que ser uno nosotros dos. Es preciso que el puesto vacío de la muerta se llene.

REBECA.—¿Yo... en el puesto de Beata?

ROSMER.—Entonces quedará borrada del libro de mi vida completamente, para siempre.

REBECA.—(*En voz baja y estremecida.*) ¿Lo crees así, Rosmer?

ROSMER.—Tiene que ser, es preciso. No puedo, no quiero andar por la vida con un cadáver sobre las espaldas. Ayúdame a deshacerme de él. Y luego ahoguemos todos los recuerdos en libertad, contento, pasión. Serás para mí la única esposa.

REBECA.—(*Dominándose.*) No vuelvas a hablar de eso. Yo no seré nunca tu esposa.

ROSMER.—¿Cómo nunca? ¿No crees que podrías amarme? ¿Es que no habría una gota de amor en nuestra amistad?

REBECA.—(*Tapándose, espantada, los oídos.*) ¡No hables así, Rosmer! ¡No lo repitas!

ROSMER.—(*Cogiendo su brazo.*) Sí, sí; en nuestra relación florece una posibilidad. ¡Oh, veo que tú sientes lo mismo que yo! ¿No es verdad que sí, Rebeca?

REBECA.—(*Otra vez firme y resuelta.*) Escúchame: si continúas hablando así, me marchó.

ROSMER.—¿Marcharte? ¿Tú? ¡No puedes! Eso es imposible.

REBECA.—Pues más imposible es que yo llegue a ser tu mujer. No puedo serlo nunca.

ROSMER.—(*La mira espantado.*) ¿Dices que no *puedes*? ¡Y lo dices de un modo tan extraño!... ¿Por qué no puedes?

REBECA.—(*Cogiéndole ambas manos.*) Querido amigo, tanto por tu bien como por el mío, no me preguntes por qué. (*Soltándole.*) Y nada más de esto, Rosmer. (*Se va a la puerta de la izquierda.*)

ROSMER.—Desde ahora en adelante no tendré más que una preocupación: ¿por qué?

REBECA.—(*Se vuelve y le mira.*) Entonces, se acabó todo.

ROSMER.—¿Entre nosotros?

REBECA.—Sí.

ROSMER.—Entre nosotros no se acabará nunca. Nunca abandonarás Rosmersholm.

REBECA.—(*Con la mano en el picaporte de la puerta.*) No; eso no lo haré. Pero si continúas preguntando..., se acabará todo, a pesar de eso.

ROSMER.—¿A pesar de eso? ¿Cómo?

REBECA.—Sí, porque entonces me iré por el camino por donde Beata se fue. Ahora ya lo sabes, Rosmer.

ROSMER.—¡Rebeca!...

REBECA.—(*En la puerta, moviendo lentamente la cabeza.*) Ahora ya lo sabes. (*Se va.*)

ROSMER.—(*Mirando pensativo a la puerta cerrada. Para sí mismo.*) ¿Qué es eso?

ACTO TERCERO

Sala en Rosmersholm. La ventana y la puerta de la antesala están abiertas. El sol de la mañana brilla afuera. Rebeca West, vestida como en el acto primero, está a la ventana y riega las flores. Su labor está sobre la butaca. La señora Helseth limpia los muebles con el plumero.

REBECA.—*(Tras una pausa corta.)* Es extraño que el pastor esté tanto tiempo arriba.

SEÑORA HELSETH.—¡Oh, eso lo hace a menudo! Pero ya pronto bajará, supongo.

REBECA.—¿Le ha visto usted?

SEÑORA HELSETH.—Cuando le entré el café, se iba a la alcoba a vestirse.

REBECA.—Lo pregunto porque ayer no se sentía bien.

SEÑORA HELSETH.—No tenía buena cara. Y luego debe haber pasado algo entre él y su cuñado.

REBECA.—¿Qué cree usted que podría ser?

SEÑORA HELSETH.—¿Cómo voy a saberlo? Puede ser que sea ese Mortensgård el que los ha enemistado.

REBECA.—Es posible. ¿Conoce usted a ese Peter Mortensgård?

SEÑORA HELSETH.—No, señorita. ¿Qué cree usted? Un hombre como él...

REBECA.—¿Lo dice usted por el periódico?

SEÑORA HELSETH.—No por eso solo. La señorita habrá oído decir que ha tenido un hijo con una mujer casada, cuyo marido se había marchado.

REBECA.—He oído hablar de ello. Pero habrá sido mucho tiempo antes de venir yo aquí.

SEÑORA HELSETH.—Sí, él era muy joven todavía. Y ella debía haber tenido más prudencia que él. Él estaba dispuesto a casarse con ella, pero no pudo obtener el permiso. Y luego tuvo que sufrir las consecuencias. Pero desde entonces Mortensgård ha subido mucho. Hay bastante gente que lo busca.

REBECA.—La mayoría de la gente del pueblo acuden a él cuando necesitan un consejo.

SEÑORA HELSETH.—¡Oh, no solo la gente del pueblo!...

REBECA.—(*Mirándola de soslayo.*) ¿De veras?

SEÑORA HELSETH.—(*Quitándole el polvo al sofá.*) Sí, señorita, y gentes de las que menos se creería.

REBECA.—(*Ocupada con las flores.*) Eso no serán más que presunciones de usted, señora Helseth; porque con certeza no puede usted saberlo.

SEÑORA HELSETH.—¿Que no podía saberlo, dice usted, señorita? Ya lo creo que puedo. Pues si he de decirlo, yo misma llevé la carta a Mortensgård.

REBECA.—(*Volviéndose.*) ¿Usted? ¿De veras?

SEÑORA HELSETH.—Sí, sí que estuve allí, y la carta se escribió aquí, en Rosmersholm.

REBECA.—¿Es verdad, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH.—Sí que lo es. Y estaba escrita en un papel muy fino. Y en el sobre había un sello rojo muy bonito.

REBECA.—¿Y le dieron a usted el encargo de llevarla? Entonces no es difícil averiguar de quién era.

SEÑORA HELSETH.—¿Sí?

REBECA.—Naturalmente que sería algo que la pobre señora Rosmer...

SEÑORA HELSETH.—La señorita lo ha dicho, y no yo.

REBECA.—¿Y qué es lo que decía la carta? Pero, es verdad, eso no puede usted saberlo.

SEÑORA HELSETH.—¡Hum!... ¿No podría ser que, a pesar de todo, lo supiese?

REBECA.—¿Se lo dijo a usted ella lo que había escrito?

SEÑORA HELSETH.—No, ella no me dijo nada; pero después que Mortensgård la leyó, empezó a preguntarme de tal manera sobre esto y lo otro, que pude comprender muy bien lo que decía.

REBECA.—¿Y qué cree usted que decía la carta? ¡Oh, dígamelo usted, querida señora Helseth!

SEÑORA HELSETH.—No, señorita; no lo diría aunque me ofreciesen todos los tesoros del mundo.

REBECA.—¡Oh, a mí puede usted decírmelo! Nosotras dos somos buenas amigas.

SEÑORA HELSETH.—¡Dios me libre de decírselo a usted, señorita! No puedo decir sino que era una cosa repugnante que le habían hecho creer a la pobre señora enferma.

REBECA.—¿Quién se lo había hecho creer?

SEÑORA HELSETH.—Gentes de mala intención, señorita; gentes malas.

REBECA.—¿Malas?

SEÑORA HELSETH.—Sí, dos veces lo dijo: gentes muy malas tuvieron que ser.

REBECA.—¿Y quién cree usted que pudiera haber sido?

SEÑORA HELSETH.—Yo sé lo que sé. ¡Pero que Dios libre a mi lengua!... Por la ciudad anda una cierta señora...

REBECA.—Le conozco en la cara que piensa usted en la señora Kroll.

SEÑORA HELSETH.—Frente a mí está siempre tan orgullosa, y a usted tampoco la quería.

REBECA.—¿Cree usted que la señora Rosmer tenía cabal su razón cuando le escribió la carta a Mortensgård?

SEÑORA HELSETH.—Con la razón ocurren cosas muy raras, señorita. Completamente sana no debía tenerla.

REBECA.—Pero se perturbó completamente cuando supo que no podría tener hijos. Entonces estalló la locura.

SEÑORA HELSETH.—Sí, *eso* le hizo mucho efecto a la pobre señora.

REBECA.—(*Coge la labor y se sienta en una silla a la ventana.*) Por lo demás, señora Helseth, ¿no cree usted también que fue una suerte para el pastor?

SEÑORA HELSETH.—¿El qué, señorita?

REBECA.—El que no tuvieran hijos. ¿No lo cree usted?

SEÑORA HELSETH.—¡Psch!... No sé lo que debo pensar de eso.

REBECA.—Puede usted creerme. Para él fue lo mejor. El pastor Rosmer no está hecho para oír griterío de niños.

SEÑORA HELSETH.—Señorita, en Rosmersholm nunca gritan los niños pequeños.

REBECA.—(*Mirándola.*) ¿No gritan nunca?

SEÑORA HELSETH.—No; desde que se recuerda, nunca han gritado los niños aquí.

REBECA.—Es muy extraño.

SEÑORA HELSETH.—¿Verdad que sí? Pero es cosa de familia, y lo que es más raro es que cuando se hacen mayores, nunca ríen. No ríen en toda su vida.

REBECA.—Eso es increíble.

SEÑORA HELSETH.—¿Ha visto usted reír al señor pastor ni una sola vez?

REBECA.—Es verdad. Si lo pienso, casi creo que tiene usted razón. Pero me parece que, en general, las gentes de esta comarca no ríen mucho.

SEÑORA HELSETH.—No, es verdad. La gente dice que ha empezado en Rosmersholm. Y luego se ha propagado como una enfermedad.

REBECA.—Señora Helseth, es usted una mujer inteligente.

SEÑORA HELSETH.—No se burle usted de mí, señorita.
(*Escuchando.*) ¡Silencio! El señor pastor viene. No le gusta ver que se limpie aquí, en la sala. (*Se va por la puerta de la derecha. Juan Rosmer, con sombrero y bastón en la mano, entra por la puerta de la antesala.*)

ROSMER.—Buenos días, Rebeca.

REBECA.—Buenos días, querido. (*Haciendo gancho. Tras una pausa corta.*) ¿Vas a salir?

ROSMER.—Sí.

REBECA.—Hace un tiempo muy hermoso.

ROSMER.—Esta mañana no has venido a darme los buenos días.

REBECA.—No, hoy no.

ROSMER.—¿Y no lo harás tampoco en adelante?

REBECA.—No lo sé todavía.

ROSMER.—¿Ha venido algo para mí?

REBECA.—Sí, *El Diario de Avisos*.

ROSMER.—¿*El Diario de Avisos*?

REBECA.—Está sobre la mesa.

ROSMER.—(*Dejando el sombrero y el bastón.*) ¿Dice algo ya?

REBECA.—Sí.

ROSMER.—¿Y no me lo has enviado?

REBECA.—Es todavía tiempo.

ROSMER.—¿Sí? (*Coge el periódico y lee de pie, al lado de la mesa.*) ¡Cómo!... «Nunca se tendrá bastante miedo de renegados sin carácter...» (*Mirándola.*) Rebeca, me llaman renegado.

REBECA.—No dicen nombres.

ROSMER.—No es necesario. (*Leyendo.*) «Traidores secretos a la buena causa; naturalezas de Judas, que confiesen cínicamente su deserción tan pronto creen que ha llegado el tiempo a propósito... Atentado infame al recuerdo glorioso de antepasados respetables, en la esperanza de que los que en el momento tienen el poder no dejarán de recompensar tal acción». (*Poniendo el periódico sobre la mesa.*) ¡Y escriben eso de mí esos hombres, que me conocen tan bien y desde tanto tiempo!... Estas cosas que ellos mismos no creen, sabiendo que no hay en todo ello una sola palabra de verdad...; y, sin embargo, lo escriben.

REBECA.—Hay más todavía.

ROSMER.—(*Volviendo a coger el periódico.*) «...la única disculpa es la inexperiencia de juicio..., influencias fatales, que posiblemente se extienden incluso a esferas de vida de que por ahora no puede tratarse aquí públicamente». (*Mirándola.*) ¿Qué significa eso?

REBECA.—Como ves, eso va conmigo.

ROSMER.—(*Dejando el periódico.*) Rebeca, así no obran personas honradas.

REBECA.—Sí, me parece que no tienen por qué creerse por encima de Mortensgård.

ROSMER.—(*Paseando por la escena.*) Es preciso remediar esto. Todo lo bueno que hay en el hombre se destruirá si esto sigue así. Pero no seguirá. ¡Oh, qué gozo sentiría si pudiese llevar un poco de luz a esa oscuridad terrible!

REBECA.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Verdad que sí? Aquí tienes una misión grande y magnífica para la que puedes vivir.

ROSMER.—Pienso si pudiera lograr que reconociesen su error; si pudiera llevarlos a sentir vergüenza y remordimiento de sí mismos; si pudiera hacer que se acercasen unos a otros en conciliación y amor.

REBECA.—Sí, emplea en ello todas tus fuerzas, y verás cómo vences.

ROSMER.—Me parece que habría de lograrlo. ¡Oh, qué alegre sería entonces esta vida! Nada de luchas enconadas; solo la lucha noble. Todos los ojos puestos en el mismo fin; todo impulso, todo esfuerzo hacia adelante, hacia arriba. Cada cual en su camino propio, natural. Dicha para todos creada por todos. (*Mira hacia afuera, se estremece y dice melancólicamente.*) ¡Oh, no será por mí!

REBECA.—¿No? ¿No será por ti?

ROSMER.—Ni tampoco para mí.

REBECA.—Rosmer, no dejes que te asalten esas dudas.

ROSMER.—La felicidad, querida Rebeca, la felicidad es, ante todo, la conciencia segura, tranquila, gozosa de su inocencia.

REBECA.—¡Oh, la culpa...!

ROSMER.—Tú no puedes juzgarlo; pero yo...

REBECA.—Tú menos que nadie.

ROSMER.—(*Mirando por la ventana.*) ¡La presa del molino!...

REBECA.—¡Rosmer!...

(*La señora Helseth, asomándose por la puerta de la derecha.*)

SEÑORA HELSETH.—¡Señorita!

REBECA.—Enseguida, enseguida. Ahora no.

SEÑORA HELSETH.—Una palabra nada más, señorita.

(*Rebeca va a la puerta, y la señora Helseth le dice algo. Hablan un momento en voz baja. La señora Helseth inclina la cabeza y se va.*)

ROSMER.—(*Intranquilo.*) ¿Alguna cosa para mí?

REBECA.—No, son cosas de la casa. Pero vete a tomar el aire, querido Rosmer. Vete lejos.

ROSMER.—(*Cogiendo el sombrero.*) Sí, ven conmigo, vamos juntos.

REBECA.—No, amigo mío. No puedo, ahora no puedo. Tienes que ir solo. Pero prométeme que sacudirás de ti todos esos malos pensamientos.

ROSMER.—Me temo que no podré librarme nunca de ellos.

REBECA.—¡Que sea posible que una cosa tan sin fundamento se apodere de ti con tal poder!...

ROSMER.—Desgraciadamente, no es tan sin fundamento. Toda la noche he reflexionado sobre ello. Es posible que Beata haya visto claro.

REBECA.—¿En qué?

ROSMER.—Ha visto claro cuando creía que te amaba.

REBECA.—¿Ha visto claro en eso?

ROSMER.—(*Dejando el sombrero sobre la mesa.*) Constantemente me atormenta la cuestión de si nosotros dos no nos habremos engañado al llamar amistad a nuestra relación.

REBECA.—¿Quieres decir que lo mismo podíamos haberla...?

ROSMER.—Llamado amor. Sí, cuando todavía vivía Beata, eran para ti todos mis pensamientos; solo hacia ti ansiaba, solo a tu lado sentía una dicha quieta, gozosa, sin deseos. Cuando vuelvo la vista atrás, veo que nuestra convivencia comenzó como un amor infantil, dulce y secreto, sin deseos y sin ensueños. ¿No sentías tú también lo mismo? Dímelo.

REBECA.—(*Luchando consigo misma.*) No sé cómo debo responderte.

ROSMER.—Y este vivir en íntima unión el uno para el otro hemos creído que era amistad. No, nuestra relación ha sido desde el principio un matrimonio espiritual. Por eso la culpa es mía. No tenía derecho a ello por Beata.

REBECA.—¿No tenías derecho a vivir tu felicidad? ¿Lo crees así, Rosmer?

ROSMER.—Veía nuestra relación con los ojos de *su* amor y la juzgaba según él. Naturalmente, Beata no podía juzgar de otro modo.

REBECA.—Pero ¿cómo puedes acusarte a ti mismo de que Beata se hubiese engañado?

ROSMER.—En su amor por mí, a su manera, fue hacia la presa. Este hecho es cierto, Rebeca. No puedo librarme de ello.

REBECA.—¡Oh, no pienses más que en la misión grande y hermosa a que vas a consagrar tu vida!

ROSMER.—(*Moviendo la cabeza.*) ¡No se realizará nunca! ¡Yo, al menos, no la realizaré! Después de lo que ahora sé, no.

REBECA.—¿Y por qué no tú?

ROSMER.—Porque nunca se puede alcanzar la victoria en una empresa en cuyo origen hay una falta.

REBECA.—(*Atribulada.*) ¡Ah, esas son dudas hereditarias..., miedo hereditario..., escrúpulos hereditarios!... Aquí se cuenta que los

mueritos vuelven en figura de caballos blancos. En esto hay algo semejante.

ROSMER.—Que sea lo que quiera. ¿Qué importa si no puedo librarme de ello? Y puedes creérmelo, Rebeca, es lo que yo digo: la causa que ha de alcanzar victoria duradera tiene que estar defendida por un hombre inocente y alegre.

REBECA.—¿Es la alegría tan indispensable para ti?

ROSMER.—¿La alegría? Sí.

REBECA.—¿Para ti, que no ríes nunca?

ROSMER.—A pesar de eso, puedes creerme que tengo grandes disposiciones para estar gozoso.

REBECA.—Ahora vete, querido..., lejos..., bien lejos, ¿lo oyes? Aquí está tu sombrero y allí tu bastón.

ROSMER.—(*Cogiéndolos.*) Gracias. ¿De veras no vienes conmigo?

REBECA.—No, no; ahora no puedo.

ROSMER.—Bien; de todos modos, estás conmigo. (*Se va por la antesala. Rebeca mira por la puerta hacia afuera. Enseguida se va a la puerta de la derecha.*)

REBECA.—(*La abre y dice a media voz.*) Bien, señora Helseth; puede usted dejarlo pasar. (*Se va a la ventana. Kroll entra por la derecha, saluda fríamente y en silencio y conserva el sombrero.*)

KROLL.—¿De modo que ha salido?

REBECA.—Sí.

KROLL.—¿Acostumbra a estar mucho tiempo fuera?

REBECA.—Sí. Pero hoy no puede calcularse. Y si no quiere usted encontrarse con él...

KROLL.—No, no; es con usted con quien deseo hablar, y a solas.

REBECA.—En ese caso, lo mejor será que aproveche usted el tiempo. Siéntese. (*Se sienta en la butaca de al lado de la ventana, y*

Kroll en una silla, junto a ella.)

KROLL.—Señorita West, apenas si puede usted darse idea del efecto que me ha hecho ese cambio de Juan Rosmer.

REBECA.—Contábamos con que sería así..., al principio al menos.

KROLL.—¿Nada más que al principio?

REBECA.—Rosmer tenía la esperanza segura de que, a pesar de todo, más tarde o más temprano, iría usted con él.

KROLL.—¡Yo!

REBECA.—Usted y todos sus amigos.

KROLL.—Pues ya lo ve usted. Tan mal juzga a los hombres en las cosas de la vida...

REBECA.—Además..., puesto que sentía la necesidad de libertarse en todos sentidos...

KROLL.—Pero, vea usted, eso es lo que precisamente no creo.

REBECA.—Entonces, ¿qué es lo que cree usted?

KROLL.—Creo que usted es la causante de todo.

REBECA.—Eso es cosa de su mujer, señor Kroll.

KROLL.—Es indiferente de dónde venga. Lo que es cierto es que se levantan en mí grandes dudas, dudas poderosas, cuando pienso en la conducta de usted desde que entró en esta casa.

REBECA.—Tengo la idea de que hubo un momento en que creía usted fuertemente en mí, querido Kroll. Casi estoy por decir que era una fe íntima.

KROLL.—(*Con voz contenida.*) ¿A quién no embrujará usted si se lo propone?

REBECA.—¿Es que me lo he propuesto?

KROLL.—Sí. Ahora ya no soy tan tonto que me figure que había algún sentimiento en juego. No quería usted más que conseguir

entrada en Rosmersholm. Asegurarse aquí, y en eso era en lo que yo tenía que ayudarla. Ahora lo veo claro.

REBECA.—¿De manera que ha olvidado usted que fue Beata quien me suplicó para que viniese aquí, y no me dejó en paz hasta lograrlo?

KROLL.—Sí, después que la había usted embrujado también. ¿O es que se puede llamar amistad a lo que sentía por usted? Era ya idolatría y adoración. Degeneró en una especie de enamoramiento desesperado, si puedo expresarme así. Sí, esa es la palabra exacta.

REBECA.—¿Quiere usted tener la bondad de recordar el estado de su hermana? Por lo que se refiere a mí, creo que no puede decirse que yo sea en ningún sentido una exaltada.

KROLL.—Y no lo es usted. Pero tanto más peligrosa es usted para las personas sobre las que usted quiere conseguir poder. Porque tiene usted corazón frío, es fácil para usted obrar con reflexión y cálculo exacto.

REBECA.—¿Un corazón frío? ¿Está usted seguro de ello?

KROLL.—Ahora estoy seguro de ello. Si no, ¿cómo hubiera podido resistir año tras año teniendo siempre ante la vista el mismo fin? ¡Oh, sí, ha conseguido usted lo que quería: le tiene usted a él y a todos en su poder! Pero para conseguir todo eso, no ha tenido usted escrúpulos en hacerlo desgraciado.

REBECA.—Eso no es verdad. No he sido yo. Usted es quien le ha hecho desgraciado.

KROLL.—¡Yo!

REBECA.—Sí, al hacerle creer que tenía culpa en el fin terrible de Beata.

KROLL.—¿De modo que eso le ha hecho efecto?

REBECA.—Ya puede usted figurárselo... Un alma tan delicada como la suya...

KROLL.—Yo creía que un hombre libre como él podría ponerse por encima de todo escrúpulo. ¿De modo que es así? En el fondo lo sabía. Un descendiente de los hombres que nos miran desde estos muros... puede ser que todavía no tenga que desligarse de todo lo que de generación a generación se ha transmitido hasta él.

REBECA.—(*Pensativa.*) Juan Rosmer está demasiado en su casta; eso es verdad.

KROLL.—Sí, eso debía usted haberlo considerado si le quería usted bien. Pero consideraciones de esa clase no podrá usted tenerlas. Los principios de usted son completamente distintos de los suyos.

REBECA.—¿A qué principios se refiere usted?

KROLL.—Me refiero a los principios de la descendencia.

REBECA.—Eso es verdad...; yo vengo de gentes humildes... Pero a pesar de eso...

KROLL.—No hablo aquí de clase y posición. Pienso en los principios morales que son base...

REBECA.—¿Base? ¿De qué?

KROLL.—De su desarrollo en general.

REBECA.—¿Qué quiere usted decir?

KROLL.—Lo digo tan solo porque ello explica toda su conducta.

REBECA.—No lo entiendo; quiero saberlo todo.

KROLL.—Creía que lo sabía usted todo. Si no, hubiera sido muy extraño que dejase usted que la adoptase el doctor West...

REBECA.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Ajá! Ahora entiendo.

KROLL.—Que hubiese usted tomado su apellido. El apellido de su madre era Ganvik.

REBECA.—(*Paseando arriba y abajo.*) Ganvik era el apellido de mi padre.

KROLL.—La profesión de su madre de usted debía ponerla en contacto continuo con el médico de distrito.

REBECA.—Eso es verdad.

KROLL.—Y tan pronto como murió su madre, se la llevó a usted consigo. La trataba a usted duramente, y, sin embargo, siguió usted viviendo con él. Sabía usted que no la iba a dejar un céntimo. No heredó usted más que un cajón de libros, y, sin embargo, se aguanta usted en su casa, le trata usted con consideración, le cuida usted hasta que exhala el último suspiro.

REBECA.—(*De pie junto a la mesa, mirándole con ironía.*) ¿Y con todo eso explica usted que en mi nacimiento había algo inmoral, algo criminal?

KROLL.—Lo que hizo usted por él me lo explico como resultado de un instinto infantil natural. El resto de su conducta lo explico como una consecuencia de su origen.

REBECA.—(*Con fuego.*) Pero en todo lo que usted dice no hay una sola palabra de verdad. Y puedo probarlo. El doctor West no había venido todavía a Finmarca cuando yo nací.

KROLL.—Perdone usted. Llegó un año antes a Fort. Eso lo he averiguado.

REBECA.—Se equivoca usted le digo; se equivoca usted en absoluto.

KROLL.—Anteayer me dijo usted que tenía veintinueve años y que iba para los treinta.

REBECA.—¿He dicho eso?

KROLL.—Sí, eso dijo usted. Y, según eso, calculo...

REBECA.—¡Alto! Ese cálculo no sirve. Porque le diré a usted que dije un año menos de los que tengo.

KROLL.—(*Sonriendo incrédulo.*) ¿De veras? Eso es nuevo. ¿Cómo es eso?

REBECA.—Cuando cumplí los veinticinco años, me pareció que para no estar casada eran muchos años. Y entonces empecé a quitarme un año.

KROLL.—¿Conque sí? ¿Una mujer libre?... ¿Tiene usted ese prejuicio respecto de la edad de matrimonio?

REBECA.—Sí, era una tontería ridícula. Pero siempre queda algo de lo que no puede una libertarse. Somos así, no hay remedio.

KROLL.—Sea como quiera. Pero, a pesar de todo, mi cálculo puede ser exacto, pues un año antes de ocupar el puesto hizo una visita corta en Finmarca.

REBECA.—(*Con emoción.*) Eso no es verdad.

KROLL.—¿Que no es verdad?

REBECA.—No, mi madre no me habló nunca de eso.

KROLL.—¿No habló nunca de eso?

REBECA.—No, nunca. Y el doctor West, tampoco; ni una sola palabra.

KROLL.—¿No sería porque ambos tenían sus razones para comerse un año? Lo mismo que usted, señorita. Puede ser que sea una cualidad de familia.

REBECA.—(*Pasea retorciéndose las manos.*) Eso es imposible. Quiere usted hacérmelo creer. No es verdad. No puede ser verdad. Nunca.

KROLL.—(*Levantándose.*) Pero, amiga mía, ¿por qué lo toma usted con tanto calor? Me asusta usted. ¿Qué voy a pensar y creer?...

REBECA.—Nada. No debe usted pensar ni creer nada.
(*Dominándose.*) Está bien claro. No tengo ganas de pasar por una hija ilegítima.

KROLL.—Bien, sea así. Contentémonos por el momento con esa explicación. Pero entonces, ¿también en ese punto ha conservado usted un cierto prejuicio?

REBECA.—Sí.

KROLL.—Me figuro que así será con la mayor parte, a pesar de que usted dice que es una mujer libre. Ha sacado usted de los libros una porción de ideas y pensamientos nuevos. Sabe usted un poco de investigaciones en distintos cuerpos, investigaciones que parecen destruir muchas de las cosas que hasta ahora han pasado como evidentes e inatacables. Pero todo esto no es más que saber en usted, señorita; no ha pasado a su sangre.

REBECA.—(*Pensativa.*) Es posible que tenga usted razón en ello.

KROLL.—Si se examina usted, encontrará que así es. Y si eso pasa con usted, figúrese lo que pasará con Juan Rosmer. Es una locura completa... Sería correr con los ojos cerrados a su perdición el que reconociese públicamente su conversión. ¡Él, con su timidez de alma!... ¡Figúreselo usted expulsado, perseguido por el círculo de gentes a que hasta ahora ha pertenecido! No es hombre para soportarlo.

REBECA.—Tiene que soportarlo. Es demasiado tarde; ya no puede retroceder.

KROLL.—De ningún modo es demasiado tarde. Lo que ha ocurrido puede callarse o puede explicarse como un error pasajero, aunque lamentable. Pero... hay una medida de conducta necesaria.

REBECA.—¿Qué medida?

KROLL.—Tiene usted que hacer que legalice la situación.

REBECA.—¿Nuestra situación?

KROLL.—Sí, tiene usted que procurar convencerle.

REBECA.—¿De modo que no puede usted librarse de la creencia de que nuestra relación necesita legalizarse, como usted dice?

KROLL.—No quiero examinar detenidamente la cuestión. Pero creo haber hecho la observación de que se rompe tanto más fácilmente con los llamados prejuicios cuando...

REBECA.—Cuando se trata de la relación entre hombre y mujer, quiere usted decir.

KROLL.—Sí; hablando con franqueza, eso creo.

REBECA.—(*Va lentamente a la ventana y mira hacia afuera.*) Casi estaba por decir... que quisiera que tuviese usted razón.

KROLL.—¿Qué quiere usted decir con eso? Lo dice usted de un modo tan extraño...

REBECA.—Bueno, no hablemos más de esas cosas... ¡Oh, allí viene!

KROLL.—¿Ya? Entonces tengo que irme.

REBECA.—(*Yendo hacia él.*) No, quédese usted aquí. Tiene usted que oír algo que voy a decir.

KROLL.—Ahora no. Creo que no podré soportar su vista.

REBECA.—Le suplico a usted que se quede. Hágalo usted, o se arrepentirá más tarde. Es la última vez que le pido algo.

KROLL.—(*Mirándola con asombro mientras vuelve a dejar el sombrero.*) Bien, señorita... Me quedaré.

(*Pausa corta. Juan Rosmer entra de la antesala.*)

ROSMER.—(*Al ver a Kroll, se queda parado en la puerta.*) ¿Cómo? ¿Tú aquí?

REBECA.—No quería encontrarse contigo, Rosmer.

KROLL.—(*Involuntariamente.*) ¿Contigo?

REBECA.—Sí, señor Kroll; Rosmer y yo nos tuteamos. Nuestra vida en común lo ha traído consigo.

KROLL.—¿Era eso lo que me prometió usted hacerme saber?

REBECA.—Eso... y otra cosa.

ROSMER.—(*Yendo hacia él.*) ¿Qué intención te trae aquí?

KROLL.—Quería intentar una vez más conseguir una tregua y volver a atraerte a nosotros.

ROSMER.—(*Señalando al periódico.*) ¿Después de lo que hay escrito ahí?

KROLL.—No lo he escrito yo.

ROSMER.—¿Hiciste algo para que no se publicase?

KROLL.—Eso hubiera sido una traición a la causa que sirvo. Y, además, no estaba en mi poder.

REBECA.—(*Rasgando el periódico y tirándolo detrás de la chimenea.*) Bien, ahora ha desaparecido de nuestra vista. Déjalo que desaparezca también de tu pensamiento. Pues ya no aparecerán más cosas de esas.

KROLL.—¡Oh, si pudiese usted conseguirlo!...

REBECA.—Sentémonos los tres. Voy a decirlo todo.

ROSMER.—(*Sentándose involuntariamente.*) Rebeca, ¿qué es lo que te ocurre? Esa calma... ¿Qué significa eso?

REBECA.—Es la calma de la resolución. (*Sentándose.*) Siéntese usted también, señor Kroll.

(*Kroll se sienta en el sofá.*)

ROSMER.—¿De la resolución, dices? ¿De qué resolución?

REBECA.—Quiero devolverte lo que necesitas para vivir tu vida. Quiero que recobres tu inocencia gozosa.

ROSMER.—Pero ¿qué quiere decir esto, todo esto?

REBECA.—No voy a hacer más que contar. Con eso bastará.

ROSMER.—Bien.

REBECA.—Cuando llegué aquí, junto con el doctor West, me pareció como si se abriese ante mis ojos un mundo nuevo y grande. El doctor me había enseñado algunas cosas. Todo el saber

incoherente que yo entonces poseía sobre las cosas de la vida venía de él. (*En voz baja y luchando consigo misma.*) Y luego...

KROLL.—¿Y luego?

ROSMER.—Pero, Rebeca, todo eso ya lo sé.

REBECA.—(*Dominándose.*) Sí, sí; tienes razón. De esto sabes bastante.

KROLL.—(*Mirándola con fijeza.*) Quizás sería mejor que yo me fuese.

REBECA.—No, no se vaya, querido Kroll. (*A Rosmer.*) Bien; eso era, ¿sabes?... yo quería intervenir en la lucha de la nueva época que llegaba. Quería participar de todas las nuevas ideas... Kroll me había contado que Ulrik Brendel había ejercido un gran influjo sobre ti cuando eras un chico todavía, y me pareció que yo también podría conseguirlo.

ROSMER.—¡Viniste aquí con esa intención secreta!

REBECA.—Quería que nosotros dos marchásemos adelante, hacia la libertad. Siempre más lejos, hasta el fin... Pero entre ti y la liberación estaba aquel muro negro e inasequible.

ROSMER.—¿Qué muro es ese?

REBECA.—Quiero decir, Rosmer, que tú solo podías ascender a la libertad en la luz clara del sol. Pero a la sombra perniciosa de tu matrimonio enfermabas y te infeccionabas.

ROSMER.—Por primera vez hablas hoy en ese tono de mi matrimonio.

REBECA.—Porque no me atrevía. Porque te hubiera asustado.

KROLL.—(*Haciéndole una seña a Rosmer.*) Ya lo oyes.

REBECA.—(*Continuando.*) Pero comprendí dónde podría encontrarse la salvación para ti, la única salvación, y obré en consecuencia.

ROSMER.—¿A qué te refieres?

KROLL.—¿Quiere usted decir con eso que...?

REBECA.—Sí, Rosmer... (*Poniéndose en pie.*) Sigue sentado, y usted también, señor Kroll. Ahora tengo que decirlo. No fuiste tú, Rosmer; tú no eres culpable. Yo fui, yo, quien atrajo a Beata al camino de la locura.

ROSMER.—(*Dando un salto.*) ¡Rebeca!...

KROLL.—(*Levantándose del sofá.*) ¡Por el camino de la locura!...

REBECA.—Por el camino... que llevaba a la presa del molino. Ahora ya lo sabéis.

ROSMER.—(*Como atolondrado.*) Pero no entiendo... ¿Qué es lo que dices? No entiendo una palabra.

KROLL.—¡Oh, sí; yo empiezo a comprender!...

ROSMER.—Pero ¿qué has hecho? ¿Qué has podido decirla? ¡Nada, no es posible!

REBECA.—La dije que tratabas de librarte de todos los prejuicios.

ROSMER.—¡Pero si entonces no hacía eso todavía!

REBECA.—Pero yo sabía que pronto llegarías a ello.

KROLL.—(*Con un gesto a Rosmer.*) ¿Lo ves?

ROSMER.—¿Y luego?... ¿Qué más? Ahora quiero saber también lo demás.

REBECA.—Algún tiempo después la supliqué que me dejara marcharme de aquí.

ROSMER.—¿Por qué querías marcharte?

REBECA.—No quería marcharme. Quería quedarme aquí. Pero le dije que sería lo mejor para todos el que yo me marchase a tiempo. La dejé entrever que si yo seguía aquí... podría ocurrir algo.

ROSMER.—¡Has hecho y dicho eso!...

REBECA.—Sí, Rosmer.

ROSMER.—¿A eso es a lo que llamabas obrar?

REBECA.—(*Con voz temblorosa.*) Sí...; así lo llamaba.

ROSMER.—(*Después de un silencio corto.*) ¿Lo has confesado todo, Rebeca?

KROLL.—No todo.

REBECA.—(*Mirándole con espanto.*) ¿Qué puede faltar todavía?

KROLL.—¿No hizo usted creer a Beata que era *necesario*, no solo que era lo mejor, sino que era necesario que desapareciese lo más pronto posible en consideración a usted y a Rosmer? ¿No es verdad?

REBECA.—(*Bajo y confuso.*) Puede ser que también haya dicho algo de eso.

ROSMER.—(*Dejándose caer en la butaca de junto a la ventana.*) ¿Y la pobre enferma ha creído ese tejido de embustes y engaños? ¡Ha creído firmemente, irremisiblemente! (*Levantando la vista hacia Rebeca.*) Y nunca se ha dirigido a mí. Nunca con una palabra. ¡Oh, Rebeca..., lo veo! ¡Tú la aconsejaste que no lo hiciera!

REBECA.—Se le había puesto en la cabeza que ella, la esposa estéril, no tenía derecho a estar aquí. Y se figuraba que era su deber para contigo dejar libre el puesto.

ROSMER.—¿Y tú no hiciste nada para quitarle de la cabeza esas ideas?

REBECA.—No.

KROLL.—Puede ser que la fortaleciese usted todavía en ellas. Conteste usted. ¿No ha sido así?

REBECA.—Ella lo creía así al menos.

ROSMER.—Sí, sí...; se sometía en todo a tu voluntad. Y, por fin, te dejó el puesto. (*Con un salto.*) ¿Cómo pudiste..., cómo pudiste sostener esa intriga terrible?

REBECA.—Yo pensaba que había que elegir entre dos vidas.

KROLL.—(*Con severidad y amargura.*) No tenía usted el menor derecho a una tal elección.

REBECA.—(*Con fuego.*) Pero ¿creéis que todo eso lo hice con un cálculo frío y reflexivo? Entonces no era todavía lo que soy ahora, tal como estoy aquí contándoos esto. Y luego hay dos voluntades en el hombre, creo yo. Quería que Beata se fuese de un modo o de otro. Pero, sin embargo, no creía que ocurriría jamás. A cada paso que daba hacia adelante parecía como si algo dentro de mí gritase: «¡Ya no más! ¡Ni un paso más!». Y, sin embargo, no *podía* dejar de hacerlo. Tenía que ir un poquitín más allá, nada más que un poco. Y luego, otro poco más..., y luego, otro poco...; siempre algo más. Y así fue. De esa manera ocurren siempre esas cosas. (*Pausa corta.*)

ROSMER.—(*A Rebeca.*) ¿Y qué crees que será de ti, después de esto?

REBECA.—Que sea de mí lo que quiera. Eso no tiene gran importancia.

KROLL.—¡Ni una palabra que indique remordimiento! ¿Es que no lo siente usted?

REBECA.—(*Fríamente.*) Perdone usted, señor Kroll. Eso no le importa a nadie. Eso lo resolveré conmigo misma.

KROLL.—(*A Rosmer.*) ¡Y has vivido bajo el mismo techo con esta mujer! ¡En una relación íntima! (*Mirando a los retratos.*) ¡Oh, si los muertos lo viesen!...

ROSMER.—¿Te vas a la ciudad?

KROLL.—(*Cogiendo su sombrero.*) Sí, cuanto antes mejor.

ROSMER.—(*Cogiendo también su sombrero.*) Entonces voy contigo.

KROLL.—¿Quieres venir conmigo? Ya me parecía a mí que no te habíamos perdido del todo.

ROSMER.—Vámonos, pues, Kroll, vámonos. (*Salen ambos por la antesala sin mirar a Rebeca. Poco después Rebeca va a la ventana y*

mira hacia afuera por entre las flores.)

REBECA.—(*Hablando consigo a media voz.*) ¡Tampoco hoy pasa el puente! ¡Nunca se librará de la pesadilla de la presa del molino! ¡Nunca! ¡Nunca! (*Yéndose de la ventana.*) ¡Bien, bien! (*Tira del cordón de la campanilla. Poco tiempo después entra la señora Helseth por la derecha.*)

SEÑORA HELSETH.—¿Qué pasa, señorita?

REBECA.—Señora Helseth, ¿quiere usted tener la bondad de decir que bajen mi baúl del desván?

SEÑORA HELSETH.—¿Su baúl?

REBECA.—Sí, el baúl de piel de foca oscuro.

SEÑORA HELSETH.—Sí, sí. Pero, ¡Dios mío!, ¿quiere usted marcharse, señorita?

REBECA.—Sí, señora Helseth...; voy a marcharme.

SEÑORA HELSETH.—¿Y así, inmediatamente?

REBECA.—Tan pronto como haya empaquetado.

SEÑORA HELSETH.—Una cosa semejante no la he oído nunca. Pero vendrá usted pronto, ¿no es verdad, señorita?

REBECA.—No volveré nunca.

SEÑORA HELSETH.—¡Nunca! Pero ¿qué va a ser de Rosmersholm si falta de aquí la señorita West? ¡Ahora que, al fin, el pobre señor pastor vivía agradablemente!...

REBECA.—Sí; pero hoy he tenido miedo, señora Helseth.

SEÑORA HELSETH.—¿Miedo? ¡Jesús! ¿Por qué?

REBECA.—Me pareció como si viese al caballo blanco.

SEÑORA HELSETH.—¿Al caballo blanco? ¿Al mediodía?

REBECA.—¡Oh, los caballos blancos de Rosmersholm andan a todas las horas del día! (*Transición.*) De modo que el baúl, señora

Helseth.

SEÑORA HELSETH.—Sí, el baúl. (*Salen las dos por la derecha.*)

ACTO CUARTO

Sala en Rosmersholm. Es de noche. Rebeca West está de pie junto a la mesa y empaqueta algunas pequeñeces en el saco de viaje. Su abrigo, su sombrero y su chal blanco están sobre el sofá. La señora Helseth entra por la derecha.

SEÑORA HELSETH.—(*Habla en tono contenido y reservado.*)
Señorita, ya han sacado todas las cosas; están en el pasillo de la cocina.

REBECA.—Bien. ¿Ha avisado usted al cochero?

SEÑORA HELSETH.—Sí. Pregunta que a qué hora tiene que estar aquí el coche.

REBECA.—A eso de las once. El vapor sale a medianoche.

SEÑORA HELSETH.—(*Vacilando un poco.*) Pero el señor pastor... ¿Si no ha vuelto a casa a esa hora?...

REBECA.—Me voy de todos modos. Si no le volviera a ver, díglele usted que le escribiré una carta larga. No lo olvide.

SEÑORA HELSETH.—Mire, lo de la carta estará bien; pero... me parece, pobrecita, que debía usted intentar hablar con él.

REBECA.—Es posible. Pero también es posible que sea mejor si lo dejo.

SEÑORA HELSETH.—No... ¡Que haya tenido que ver esto!... Nunca lo hubiera pensado.

REBECA.—¿Qué es lo que había pensado usted, señora Helseth?

SEÑORA HELSETH.—Había creído que el pastor tenía mejores intenciones que eso.

REBECA.—¿Mejores intenciones?

SEÑORA HELSETH.—Sí, lo digo y lo repito.

REBECA.—Pero, querida señora Helseth, ¿qué quiere usted decir con eso?

SEÑORA HELSETH.—No digo más que lo que es justo y debido. No debía querer librarse de *esa* manera, no.

REBECA.—(*Mirándola.*) Oiga usted, señora Helseth: dígame usted con toda franqueza por qué cree usted que me voy.

SEÑORA HELSETH.—¡Sí, sí; Dios mío, al fin y al cabo es necesario, señorita! Pero no está bien del señor pastor... Mortensgård, ese al menos tenía disculpa, porque el marido vivía todavía. Pero el pastor... Cree usted que él..., ¡hum!...

REBECA.—(*Con una sonrisa débil.*) ¿De modo que eso creía usted de mí y del pastor Rosmer?

SEÑORA HELSETH.—¡No, Dios me libre! Nunca. Vamos, quería decir que hasta hoy no.

REBECA.—¿Pero desde hoy?...

SEÑORA HELSETH.—Bueno, después de todo, lo que dice la gente que traen los periódicos del pastor...

REBECA.—¡Ah!...

SEÑORA HELSETH.—A mí me parece que del hombre que puede pasarse a la religión del Mortensgård, Dios sabe lo que puede esperarse.

REBECA.—Eso puede ser. Pero ¿y yo? ¿Qué dice usted de mí?

SEÑORA HELSETH.—¡Dios me libre, señorita! Creo que contra usted no hay mucho que decir. Claro es que es difícil para una mujer soltera sostenerse... Somos todos débiles, señorita.

REBECA.—Eso es verdad, señora Helseth: todos somos débiles. ¿Qué escucha usted?

SEÑORA HELSETH.—(*Bajo.*) ¡Jesús! Creo que llega justamente a tiempo.

REBECA.—(*Espantada.*) ¿De modo que todavía...? (*Decidida.*) Sea lo que sea...

(*Juan Rosmer entra de la antesala.*)

ROSMER.—(*Ve los preparativos de viaje, se vuelve a Rebeca y pregunta.*) ¿Qué significa eso?

REBECA.—Me marcho.

ROSMER.—¿Enseguida?

REBECA.—Sí. (*A la señora Helseth.*) De modo que a las once.

SEÑORA HELSETH.—Está bien, señorita. (*Se va por la derecha.*)

ROSMER.—(*Tras un silencio corto.*) ¿Adónde vas, Rebeca?

REBECA.—Al Norte con el vapor.

ROSMER.—¿Al Norte? ¿Qué vas a hacer allí?

REBECA.—De allí vine.

ROSMER.—Pero allá arriba ya no tienes nada que hacer.

REBECA.—Aquí abajo tampoco.

ROSMER.—¿Qué quieres hacer entonces?

REBECA.—No lo sé. Quiero acabar con todo esto.

ROSMER.—¿Acabar?

REBECA.—Rosmersholm me ha roto la voluntad.

ROSMER.—(*Con atención.*) ¿Eso dices?

REBECA.—Me ha destrozado por completo. Cuando vine aquí tenía una voluntad fresca y brava. Ahora, una ley extraña me ha sujetado. No creo que llegue a atreverme a nada en adelante.

ROSMER.—¿Por qué no? ¿Qué ley es esa que tú dices que te ha...?

REBECA.—¡Ah, querido, no hablemos de eso ahora! ¿Qué ocurrió entre ti y Kroll?

ROSMER.—Hemos hecho la paz.

REBECA.—¿Sí? ¿De modo que ya está?...

ROSMER.—Reunió en su casa a todo nuestro antiguo círculo de amigos, y sus razones me han convencido de que no es una misión para *mí* querer ennoblecer almas. Y, además, la tarea es en sí imposible. Renuncio a ello.

REBECA.—Sí, sí... Puede ser que sea lo mejor.

ROSMER.—¿Hablas *así* ahora? ¿Es esa tu opinión ahora?

REBECA.—Se ha hecho mi opinión estos últimos días.

ROSMER.—¡Mientes, Rebeca!

REBECA.—¿Yo miento?

ROSMER.—Sí, mientes. Nunca has creído en mí. Nunca has creído que yo fuera el hombre capaz de alcanzar una victoria para la causa.

REBECA.—He creído que nosotros dos juntos podríamos hacerlo.

ROSMER.—No es verdad. Has creído que tú harías algo grande. Creías que podías utilizarme para aquello a que aspirabas. Eso es lo que has creído. Debía servirte para tus fines.

REBECA.—Escúchame, Rosmer.

ROSMER.—(*Sentándose en el sofá.*) ¡Oh, déjame! Ahora veo hasta el fondo. He sido como un muñeco en tus manos.

REBECA.—Rosmer, escúchame. Hablemos de ello por última vez. (*Sentándose en una silla y al lado del sofá.*) Quería escribirte sobre

todo esto cuando hubiera llegado al Norte. Pero será mejor que lo oigas ahora ya.

ROSMER.—¿Tienes todavía más que confesar?

REBECA.—Lo más importante falta aún.

ROSMER.—¿Lo más importante?

REBECA.—Lo que tú ni siquiera has adivinado. Lo que presta a todo lo demás luz y sombra.

ROSMER.—(*Moviendo la cabeza.*) No entiendo nada.

REBECA.—Es verdad que me valí de maquinaciones para conseguir entrar en Rosmersholm, pues creía que podía hacer aquí mi felicidad, de uno o de otro modo. ¿Entiendes?

ROSMER.—Y has conseguido lo que querías.

REBECA.—*Entonces* creo que lo hubiera conseguido todo, fuese lo que fuese, pues entonces disponía de mi brava voluntad liberada. No sabía lo que era tener consideraciones. No había nada que me hubiese hecho cejar. Pero luego vino el comienzo de lo que me avasalló la voluntad, de lo que tan miserablemente me ha atemorizado para toda la vida.

ROSMER.—¿Qué fue lo que vino? Habla de manera que pueda entenderte.

REBECA.—Vino sobre mí... ese deseo loco, indomable... ¡Oh, Rosmer!...

ROSMER.—¿Deseo? ¿Tú...? ¿De qué?

REBECA.—De ti.

ROSMER.—(*A punto de saltar.*) ¿Qué es eso?

REBECA.—(*Conteniéndole.*) Sigue sentado, querido. Ahora vas a oírlo todo.

ROSMER.—¿Y dices... que me has amado... de esa manera?

REBECA.—Creía... entonces... que eso era amor. Creía que te amaba. Pero no era amor. Era lo que te digo. Era un deseo loco, indomable.

ROSMER.—(*Hablando con trabajo.*) Rebeca, ¿eres realmente tú misma..., tú..., tú misma..., quien cuentas todo eso?

REBECA.—Sí. ¿Qué dices de eso?

ROSMER.—¿Y de ahí, de ese deseo, salió lo que tú llamas obrar?

REBECA.—Vino sobre mí como una tempestad en el mar, como una de las tempestades que tenemos a veces allá arriba, en el Norte, en el invierno. La coge a una y la lleva adonde quiere, sin que se pueda pensar en resistir.

ROSMER.—Y así se llevó a la infeliz Beata a la presa del molino.

REBECA.—Sí, en aquel tiempo era entre Beata y yo una lucha a muerte.

ROSMER.—Tú eras la más fuerte en Rosmersholm; más fuerte que Beata y yo juntos.

REBECA.—Te conocía lo bastante para saber que no había camino ninguno que condujese a ti mientras no fueses libre, así en tus relaciones como en tu espíritu.

ROSMER.—Pero no te entiendo, Rebeca. Tú, tú misma y toda tu conducta es para mí un enigma indescifrable. Ahora estoy libre en mi espíritu como en mis relaciones. Tú estás ahora muy cerca del fin que te habías propuesto desde el principio. Y a pesar de eso...

REBECA.—Nunca he estado tan lejos del fin como en este momento.

ROSMER.—Y a pesar de eso, cuando ayer te pregunté si querías ser mi mujer, gritaste espantada y me dijiste que no podría ser nunca.

REBECA.—Grité por desesperación.

ROSMER.—¿Por qué?

REBECA.—Porque Rosmersholm me ha quitado las fuerzas. Aquí se ha debilitado y roto mi voluntad. Para mí ha pasado el tiempo en que lo hubiera osado todo. He perdido la capacidad de obrar, Rosmer.

ROSMER.—Dime cómo ha ocurrido eso.

REBECA.—Ha ocurrido en la convivencia contigo.

ROSMER.—Pero ¿cómo, cómo?

REBECA.—Cuando me quedé sola contigo, y tú llegaste a ser tú mismo...

ROSMER.—¿Qué?

REBECA.—Porque mientras Beata vivió no fuiste nunca por completo tú mismo.

ROSMER.—Desgraciadamente, en eso tienes razón.

REBECA.—Pero cuando comencé a vivir aquí contigo, retirados los dos..., en la soledad... Cuando me comunicabas todos tus pensamientos, todo tu sentir, tan delicado y tan suave, entonces se produjo el gran cambio. Poco a poco, ¿comprendes?, casi imperceptible; pero al final avasallador, hasta el fondo de mi corazón.

ROSMER.—¡Oh, Rebeca!, ¿qué es lo que te pasa?

REBECA.—Todo lo otro..., el deseo feo, sensual... quedó lejos, muy lejos... Todas esas potencias agitadoras se sumergieron en calma y silencio. Y vino sobre mi espíritu un sosiego..., un sosiego como en la cima de una montaña, allá arriba, en el Norte, al sol de medianoche.

ROSMER.—Dime más de eso; dime todo lo que sepas.

REBECA.—Ya no queda mucho más que decir. Solo una cosa..., que el amor se produjo en mí, el gran amor de renunciación, que se contenta con la convivencia, como era entre nosotros.

ROSMER.—¡Oh, si hubiese tenido la más pequeña adivinación de todo eso!...

REBECA.—Vale más que sea como es. Cuando ayer me preguntaste si quería ser tu esposa... hubo una explosión de júbilo en mí.

ROSMER.—¿Verdad que sí, Rebeca? Me pareció entenderlo así.

REBECA.—Un momento, sí. En olvido de mí misma. Porque era mi antigua voluntad impávida, que quería libertarse de nuevo. Pero ya no tiene fuerzas..., no tiene fuerzas duraderas.

ROSMER.—¿Cómo te explicas lo que te ha ocurrido?

REBECA.—Son las ideas de la casta de los Rosmer..., o, mejor dicho, las tuyas, que han infeccionado mi voluntad.

ROSMER.—¿Infeccionado?

REBECA.—Y la han puesto enferma. Y la han sojuzgado con leyes que antes no regían para mí. Tú y la convivencia contigo han ennoblecido mi alma.

ROSMER.—¡Oh, si pudiera creerlo en verdad!...

REBECA.—Puedes creerlo. Las ideas de los Rosmer ennoblecen. Pero... (*Moviendo la cabeza.*) Pero...

ROSMER.—Pero... ¿qué?

REBECA.—Matan la dicha.

ROSMER.—¿Qué dices, Rebeca?

REBECA.—Por lo menos la mía la han matado.

ROSMER.—Pero ¿estás segura de eso? Si volviera a pedirte..., si te lo rogara...

REBECA.—¡Oh, querido, no vuelvas nunca a eso! Es imposible. Pues todavía te falta por saber una cosa... Yo tengo un pasado.

ROSMER.—¿Todavía más de lo que ya has contado?

REBECA.—Sí, otra cosa... y más.

ROSMER.—(*Con sonrisa cansada.*) ¿No es extraño que haya tenido una sospecha de algo así?

REBECA.—¿De veras? ¿Y, sin embargo..., a pesar de eso...?

ROSMER.—No creía en ello. Jugaba con ello en mi pensamiento.

REBECA.—Si me lo pides, te contaré eso también.

ROSMER.—(*Denegando.*) No, no; no quiero saber una palabra. Sea lo que sea..., lo he olvidado.

REBECA.—Pero no yo.

ROSMER.—¡Oh, Rebeca!...

REBECA.—Sí, eso es lo terrible; ahora que se me ofrece la dicha a manos llenas, me he hecho de tal manera, que mi pasado me impide aceptarla.

ROSMER.—Tu pasado ha muerto, Rebeca. Ya no tiene poder sobre ti. Ninguna relación contigo, tal como eres ahora.

REBECA.—Eso no son más que frases, querido. ¿Y la inocencia? ¿De dónde voy a sacarla?

ROSMER.—(*Tristemente.*) Es verdad, la inocencia...

REBECA.—La inocencia... En ella está la dicha y la alegría. Esa era la doctrina que querías encarnar en todos los hombres ennoblecidos.

ROSMER.—¡Oh, no me recuerdes eso! No era más que un sueño, Rebeca. Una inspiración prematura en la que yo mismo no creo ya. No se puede ennoblecer desde afuera a los hombres.

REBECA.—(*En voz baja.*) ¿Tampoco por el amor puro?

ROSMER.—(*Pensativo.*) Sí, eso sería lo más grande. Casi lo más magnífico de la vida. ¡Si pudiese ser!... (*Intranquilo.*) Pero ¿cómo voy a resolver esa cuestión? ¿Cómo puedo llegar a su fondo?

REBECA.—¿No me crees, Rosmer?

ROSMER.—¡Oh, Rebeca! ¿Cómo puedo confiar plenamente en ti? ¿En ti, que has callado y disimulado tanto? ¡Ahora vienes con eso! Si tienes alguna intención al hacerlo..., dímelo francamente. ¿Es que quieres conseguir algo con ello? Yo haría con gusto todo lo que pudiera por ti.

REBECA.—(*Retorciéndose las manos.*) ¡Oh, esas dudas mortales!... ¡Rosmer, Rosmer!...

ROSMER.—Sí. ¿No es terrible esto? Pero no puedo librarme de ello. Nunca podré acallar estas dudas. Nunca sabré con seguridad si eres mía en amor puro y pleno.

REBECA.—Pero ¿es que no hay nada en lo más íntimo de tu alma que atestigüe que en mí se ha verificado una transformación? ¿Y de que la transformación ha venido por ti..., por ti solo?

ROSMER.—No creo ya en mi poder de transformar hombres. No creo en mí en ningún sentido. No creo ni en mí ni en ti.

REBECA.—(*Mirándole sombríamente.*) Entonces, ¿cómo quieres vivir la vida?

ROSMER.—Eso no lo sé yo mismo. No lo comprendo. No creo que pueda vivirla. Ni tampoco sé que haya nada en el mundo por lo que valga la pena de vivir.

REBECA.—¡Oh, la vida... trae en sí la renovación! Esperemos que vendrán tiempos mejores.

ROSMER.—(*Con un salto.*) ¡Entonces devuélveme la fe! ¡La fe en ti, Rebeca! ¡La fe en tu amor! ¡Una prueba, quiero tener una prueba!

REBECA.—¡Una prueba! ¿Cómo puedo probarlo?

ROSMER.—¡Tienes que probarlo! (*Paseando arriba y abajo.*) ¡No puedo soportar esta soledad..., este vacío terrible..., este...! (*Llaman fuertemente a la puerta de la antesala.*)

REBECA.—(*Saltando de la silla.*) ¿Has oído?

(*Se abre la puerta y Ulrik Brendel entra. Trae una camisa planchada, un abrigo negro y buenas botas. En lo demás va vestido*

como en el primer acto. Tiene aire abatido.)

ROSMER.—¡Ah!, ¿es usted, señor Brendel?

BRENDEL.—¡Juan, hijo mío, yo te saludo! ¡Adiós!

ROSMER.—¿Adónde va usted tan tarde?

BRENDEL.—Montaña abajo.

ROSMER.—¿Cómo?

BRENDEL.—Me vuelvo a casa, querido. Tengo nostalgia de la gran nada.

ROSMER.—A usted le ha ocurrido algo, señor Brendel. ¿Qué ha sido?

BRENDEL.—¿De modo que observas el cambio? Sí..., debes observarlo. Cuando entré en esta sala por última vez, venía rico en caudal y hablaba reciamente.

ROSMER.—Bien; pero ahora no comprendo...

BRENDEL.—Pero tal como me ves aquí esta noche soy un rey destronado en las cenizas de mi palacio incendiado.

ROSMER.—Si puedo servirle en algo...

BRENDEL.—Has conservado tu corazón de niño, Juan. ¿No puedes hacerme un préstamo?

ROSMER.—Ya lo creo. Con placer.

BRENDEL.—¿Puedes dejarme uno o dos ideales?

ROSMER.—¿Qué quiere usted que le dé?

BRENDEL.—Un par de ideales que no te sirvan. Harás una obra de misericordia. Porque a mí no me queda nada. Tengo los bolsillos vacíos.

REBECA.—¿No ha dado usted sus conferencias?

BRENDEL.—No, encantadora dama. ¿Qué le parece a usted de eso? Cuando iba a vaciar la botella hice el lamentable

descubrimiento de que estaba vacía.

REBECA.—¿Y todas sus obras no escritas?

BRENDEL.—Durante veinticinco años estuve como el avaro ante su caja de caudales cerrada, contemplando el tesoro. Y cuando ayer quería abrirla y sacar el tesoro, me encontré con que estaba vacía. El diente del tiempo lo ha convertido en polvo. De toda la riqueza no quedaba nada.

ROSMER.—Pero ¿está usted tan seguro de ello?

BRENDEL.—No hay duda ninguna, querido. El presidente me ha convencido de ello.

ROSMER.—¿El presidente?

BRENDEL.—Bien..., su excelencia, si quieres.

ROSMER.—¿A quién se refiere usted?

BRENDEL.—A Peter Mortensgård, naturalmente.

ROSMER.—¿Cómo?

BRENDEL.—(*Con misterio.*) ¡Chist! ¡Chist! Peter Mortensgård es el señor del porvenir. Nunca he visto nada más grande. Peter Mortensgård lleva en sí la fuerza de la omnipotencia. Puede conseguir todo lo que quiera.

ROSMER.—¡Oh!, ¿cómo puede usted creer eso?

BRENDEL.—Sí, hijo mío. Pues Peter Mortensgård nunca quiere más de lo que puede. Peter Mortensgård es capaz de vivir sin ideales. Y, ¿sabes?, este es el gran secreto de la acción y de la victoria. Esta es la suma de toda la sabiduría del mundo.

ROSMER.—(*Bajo.*) Ahora comprendo que se va usted más pobre de lo que vino.

BRENDEL.—*C'est bien.* Que tu antiguo maestro te sirva de ejemplo. Borra todo lo que te ha enseñado. No edifiques tu casa sobre arena insegura. Guárdate y piénsalo bien antes de edificar sobre la graciosa criatura que embellece tu vida.

REBECA.—¿Dice usted eso por mí?

BRENDEL.—Sí, encantadora sirena.

REBECA.—¿Por qué no puede edificarse sobre mí?

BRENDEL.—(*Acercándose.*) He oído decir que mi antiguo discípulo quiere llevar a la victoria una idea.

REBECA.—¿Y qué?

BRENDEL.—La victoria es segura, pero... solo con una condición irremisible.

REBECA.—¿Cuál?

BRENDEL.—(*Cogiendo delicadamente su muñeca.*) Que la mujer, que la mujer que le ama vaya gozosa y de buena voluntad a la cocina y se corte su dedito fino... Aquí, precisamente aquí, en la articulación del medio. Ídem que la misma mujer amante, con la misma gozosa voluntad, se corte su soberbia oreja izquierda. (*La suelta y se vuelve a Rosmer.*) ¡Adiós, mi Juan victorioso!

ROSMER.—¿Quiere usted marcharse ahora en la oscuridad?

BRENDEL.—En la oscuridad es lo mejor. Que la paz sea con vosotros. (*Se va. Durante un momento, profundo silencio.*)

REBECA.—(*Respirando con dificultad.*) ¡Oh, qué aire más pesado hay aquí! (*Va a la ventana, la abre y se queda en pie delante de ella.*)

ROSMER.—(*Dejándose caer en la butaca de junto a la chimenea.*) No hay otra salida, Rebeca. Lo veo. Tienes que marcharte.

REBECA.—Sí, no me queda en qué elegir.

ROSMER.—Aprovechemos los últimos momentos.

REBECA.—(*Sentándose en el sofá.*) ¿Qué tienes que decirme, Rosmer?

ROSMER.—Ante todo, tengo que decirte que no necesitas preocuparte de tu porvenir.

REBECA.—(*Con sonrisa apagada.*) ¿Mi porvenir?

ROSMER.—Lo he previsto todo ya desde mucho tiempo. Ocurra lo que ocurra, no te preocupes.

REBECA.—¿Eso también, amigo mío?

ROSMER.—Debías saberlo.

REBECA.—Mucho tiempo ha pasado desde que yo pensaba en cosas semejantes.

ROSMER.—Sí, sí... Tú creías que continuaría siempre como estaba...

REBECA.—Sí, eso creía.

ROSMER.—Yo también. Pero si yo faltara...

REBECA.—¡Oh, tú vivirás más que yo!

ROSMER.—Sobre mi vida miserable seré yo quien disponga.

REBECA.—¿Qué significa eso? ¿No pensarás en...?

ROSMER.—¿Te parecería tan extraño después de la derrota miserable que sufrí? ¡Yo, que quería hacer triunfar mi idea..., y antes de la batalla he desertado!...

REBECA.—Vuelve a la lucha, Rosmer. Ya verás cómo triunfas si lo intentas. Ennoblecereis cientos, miles de almas. Inténtalo.

ROSMER.—¡Oh, Rebeca! Ya no creo en mi misión.

REBECA.—Pero si ya has sufrido su prueba. Una persona, al menos, la has ennoblecido: a mí y a mi vida entera.

ROSMER.—¡Oh, si pudiera creerlo!...

REBECA.—(*Retorciéndose las manos.*) Rosmer, ¿no sabes de nada que pudiera hacerte creer?...

ROSMER.—(*Espantado.*) No hables de eso. Déjalo estar. Ni una palabra más.

REBECA.—Sí, precisamente tenemos que tratar de eso. ¿No sabes de algo que pudiera deshacer tus dudas? Yo no sé nada.

ROSMER.—Es una dicha para ti el que no lo sepas. Una dicha para los dos.

REBECA.—No, no, no. No me basta con eso. Si sabes algo que pueda absolverme a tus ojos, te pido que me lo digas.

ROSMER.—(*Como contra su voluntad.*) Vamos a ver, pues. Dices que alienta en ti el gran amor. Que tu alma se ha ennoblecido por mí. ¿Es así realmente? ¿Has hecho bien el cálculo? ¿Quieres que hagamos la prueba?

REBECA.—Estoy dispuesta.

ROSMER.—¿Cuándo quieres que sea?

REBECA.—Cuando tú quieras. Cuanto antes, mejor.

ROSMER.—Entonces veamos, Rebeca, si tú... por mí... esta noche... (*Interrumpiéndose.*) ¡Oh, no, no, no!

REBECA.—Sí, Rosmer, sí. Dilo, y verás...

ROSMER.—¿Tienes valor..., estás dispuesta... con voluntad gozosa, como decía Ulrik Brendel..., por amor mío..., con voluntad gozosa..., a recorrer el mismo camino que Beata recorrió?

REBECA.—(*Levantándose lentamente, casi sin alientos.*) ¡Rosmer!...

ROSMER.—Sí; esa es la pregunta de que nunca podré librarme cuando te hayas marchado. A todas las horas del día se presentará ante mí. Me parece que te veo ante mis ojos... Estás en el medio del puente... Te inclinas sobre la baranda... Miras a la corriente, y tiembles... ¡No; retrocedes!... No osas... lo que ella osó.

REBECA.—¿Y si tuviese valor para hacerlo? ¿Y la voluntad gozosa? ¿Qué entonces?

ROSMER.—Entonces tendría que creerte. Entonces volvería a creer en mi misión. A creer en un poder que ennoblece a los hombres. A

creer que puede ennoblecerse el alma del hombre.

REBECA.—(*Cogiendo lentamente el chal blanco y envolviéndoselo a la cabeza, resuelta.*) ¡Volverás a creer!

ROSMER.—Rebeca, ¿tienes valor y voluntad... para eso?

REBECA.—Eso lo verás mañana..., o cuando me saquen.

ROSMER.—(*Llevándose la mano a la frente.*) ¡Oh, qué sugestión espantosa!

REBECA.—Porque no quiero quedarme allá abajo.

ROSMER.—(*Con un salto.*) ¡Pero todo eso es una locura! Vete o quédate. Esta vez quiero creerte por tu palabra.

REBECA.—Eso son frases huecas, Rosmer. No vengas ahora con cobardías y disculpas. ¿Cómo es posible que después de estos días creas todavía en mi palabra?

ROSMER.—No quiero ver tu derrota.

REBECA.—No habrá derrota.

ROSMER.—Sí la habrá. Tú no eres de las que pueden ir por el mismo camino que Beata.

REBECA.—¿Lo crees así?

ROSMER.—Nunca podrás. Tú no eres como Beata. No estás bajo el poder de una idea falsa de la vida.

REBECA.—Pero... ahora estoy bajo el poder de la idea de la vida de Rosmersholm. Es preciso que expíe el mal causado.

ROSMER.—(*Mirándola fijamente.*) ¿Has llegado a eso?

REBECA.—Sí.

ROSMER.—(*Resuelto.*) Está bien. Entonces, yo estoy bajo el poder de nuestra idea de la vida libre. No hay juez ninguno sobre nosotros, y por eso debemos ser nosotros mismos los que hagamos justicia.

REBECA.—(*Entendiendo mal sus palabras.*) Sí, sí; mi muerte libertará en ti lo más grande y mejor.

ROSMER.—En mí no hay nada que libertar.

REBECA.—Sí que hay. Pero yo..., yo no sería, de aquí en adelante, más que... un maligno espíritu del mar en el barco que has de conducir, que te estorba y te contiene. ¿O es que voy a seguir arrastrando mi vida fracasada? ¿Pensar y cavilar sobre la dicha que he perdido por mi pasado? Tengo que salir de este juego.

ROSMER.—Si vas, voy contigo.

REBECA.—(*Sonriendo casi imperceptiblemente, mirándole, en voz baja.*) Ven, ven... Serás testigo.

ROSMER.—Te digo que voy contigo.

REBECA.—Sí, hasta el puente. A pasarlo no te atreves.

ROSMER.—¿Lo has notado?

REBECA.—(*Tristemente y desfallecida.*) Sí; y por eso mi amor era un amor sin esperanza.

ROSMER.—Rebeca, pongo mi mano sobre tu cabeza (*Lo hace*) y te hago mi esposa.

REBECA.—(*Cogiéndole las manos y reposando en su pecho la cabeza.*) Gracias, Rosmer. (*Soltándose.*) Y ahora me voy. Con voluntad gozosa.

ROSMER.—Marido y mujer deben ir juntos.

REBECA.—Nada más que hasta el puente.

ROSMER.—Y también dentro del puente. Voy contigo... hasta donde tú vayas. Pues ahora puedo hacerlo.

REBECA.—¿Lo sabes con certeza absoluta... que este camino es el mejor para ti?

ROSMER.—Es el único. Eso es lo que sé.

REBECA.—¿Y si te engañases? ¿Si no fuera más que un error?
¿Uno de los caballos blancos de Rosmersholm?

ROSMER.—Es posible; pero de esos no podemos librarnos los que vivimos en esta casa.

REBECA.—Entonces quédate, Rosmer.

ROSMER.—El marido debe ir con su mujer, como la mujer con su marido.

REBECA.—Bien; pero dime antes una cosa... ¿Vienes tú conmigo o voy yo contigo?

ROSMER.—Nunca llegaremos hasta el fondo de esa cuestión.

REBECA.—¡Me gustaría tanto saberlo!...

ROSMER.—Vamos el uno con el otro, Rebeca. Yo contigo y tú conmigo.

REBECA.—Sí, así es.

ROSMER.—Pues ahora somos *uno* nosotros dos.

REBECA.—Sí, ahora somos uno. Ven. Vamos con voluntad gozosa.
(Salen de la mano por la antesala. Se les ve dirigirse por la izquierda. La puerta queda abierta. La escena queda unos momentos vacía. Luego la señora Helseth abre la puerta de la derecha.)

SEÑORA HELSETH.—Señorita, el coche está... *(Mirando alrededor.)*
¿No está en la sala? ¿Han salido juntos a estas horas? ¡Vaya, vaya!...
Realmente... *(Va a la antesala y mira; luego vuelve.)* En el banco
tampoco están. *(Yendo a la ventana y mirando afuera.)* ¡Jesús! ¡Dios
mío! ¡Aquella cosa blanca!... ¡Están sobre el puente! ¡Que Dios se
apiade de los pobres pecadores! ¡No se abrazan el uno al otro!...
(Gritando.) ¡Oh!... ¡Se han tirado abajo... los dos! ¡Han caído a la
presa! ¡Socorro! ¡Socorro! *(Se apoya temblorosa en el respaldo de
una silla. Hablando con trabajo.)* ¡No, no hay socorro posible! ¡La
señora muerta se los ha llevado!

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo IV (Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1926; Biblioteca Clásica, tomo CCLV), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

En el acto tercero, la réplica «En ese caso, lo mejor será que aproveche usted el tiempo...», que la edición de 1926 atribuye por error a Rosmer, se ha devuelto a Rebeca, como en el original de Ibsen.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB